

REVISTA LITERARIA

Destellos



Universidad Nacional del Este
Facultad de Filosofía

Misión

La Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional del Este, es una Institución de Educación Superior, formadora de profesionales competentes en las áreas de humanidades y filosofía de los niveles de grado y posgrado, fomentando la calidad de la docencia, investigación y extensión, para responder a los requerimientos de la sociedad.

Visión

Ser una Institución que asume los desafíos del entorno con responsabilidad social, formando profesionales competentes en el marco de la docencia, investigación y extensión.

PRIMERA EDICIÓN
AÑO 2021

Destellos
Revista Literaria

Presentación

La literatura es conocida comúnmente como el arte de expresar belleza a través de las palabras, también se le asigna la definición de "arte que emplea como instrumento la palabra". Marina Moliner dice que es "el arte que emplea como medio de expresión la palabra hablada o escrita", y así hasta nuestros tiempos.

Algo es seguro, de que la Literatura es arte, y el arte es la belleza pura y propia e íntegra de un autor, es aquella expresión que nace en el alma, que se solidifica en el pecho y se emana a través de las letras.

La Literatura mezcla el arte con la belleza, la belleza con el arte; los utiliza como medio en el que todo sentimiento e inteligencia humana se imprime en la hoja.

Destellos es la primera edición de una revista literaria, donde alumnos de la Carrera de Letras tienen un espacio para demostrar la producción escrita, estética e imaginativa que poseen, y es el canal para que la comunidad conozca sus obras.

Dra. Paola Sánchez de Vergara
Decana

Dirección General

Dra. Paola Raquel Sánchez de Vergara

Consejo Editorial

Mag. Nilsa Yodamia Chaparro de Pereira

Lic. Vilma Ester Mereles Arguello

Lic. Graciela Duarte Maidana

Lic. Jesús Daniel González

Lic. Eva Angelina Duarte Espínola

Diseño y Diagramación

Lic. Jesús Daniel González

Dibujos y Fotografías

Mag. Eusebia Raquel Argüello Fernández

Lic. Joel Arnaldo Silva

Univ. María Araceli Vergara Oviedo

Univ. Luisa Jazmine Lee Haase

Producción

Coordinación de Letras FAFI-UNE

Los enemigos

Iván Marcelo Paniagua Sosa



El dorso de su mano guarda en cúpula un tizne rojizo, de tierra, y el reventón de una lágrima gorda que acaba de limpiarse; un barro íntimo; sangriento, menos por apariencia que por inmersión en su contexto. Ya van para meses y meses: el esposo tras el cual vino, hecho una osamenta más en Yatay; el hijo que arrastró tras ellos, empalidecido de muerte por el cólera. Podría decirse que no tiene más motivo para seguir ahí, excusa para irse tampoco. Menos ahora, puesta al servicio del karai López, hombre que si le muestra la voz es para formular su rango, y en el cual se entretiene a veces, en el misterio que se le cuadra en el ceño cuando logra capturarlo de reojo, rehuyéndole la mirada. Piensa —más en idea que en palabras— que si el hombre no se queja de ella, de satisfecho será. A orillas de un arroyo que cruza el cuartel de Paso Puku, friega, refriega, con sensibilidades del oficio, el poncho de vicuña forrado en paño grana que el karai usó hace unos días en Yatayty Corá para verse con ese al que el Cabichu'i llama Bartolito, y al que tanto escarnio le sacan los soldados cuando sale de la imprenta improvisada del campamento. Ya terminó con el traje fino, de bordados con realce dorado que ahora reverberan con el sol adentro, haciendo eco del brillo en el brillo;

ella no puede evitar asociar ese juego de continuidad y redundancia, del bucle antes del bucle, a otras situaciones que ya ha presenciado hasta ahora: el fragor de los bombardeos en los bombardeos, el torrente de la sangre en la sangre, su chorro en los cuerpos sobre los cuerpos. Eso sueña —a falta de un verbo para las pesadillas— al tiempo que se distrae para no volver a lagrimear. Pero esto todo lo ignora, o al menos ignora si todo esto en verdad le está pasando, pues no tiene las palabras para referirlo, y mucho menos alguien ante quien referirlo

Así mismo, por constancia y trauma, no puede ser esquivo a la idea de aquel hombre que conoció en Yatayty Corá. La memoria es pícaro para bien y para mal; se asoma autárquica sin previa provocación, pero al ser apelada desespera su ausencia.

Esta vez no le flaquearán los recuerdos en esa especie de ardor de espontaneidad que siente en el pecho, tan divorciado de todos los anteriores ardores, más bien emparentados con el dolor, que le han propuesto este éxodo. “Gómez”, le dijo él. Y ella ahora se pregunta dónde estará Gómez, mientras ve a la distancia al karai López y otros cuantos bañarse desnudos con la misma agua que ella estruja y la corriente les ofrece. Escucha que bromean, se ríen apuntando al campamento de Tuyutí, al enemigo. Y ella se pregunta si estará bien Gómez, su enemigo, en el campamento de Tuyutí. “Cabo Gómez”, piensa. Y sonrío.

Ella había acompañado a López y su comitiva hasta Yatayty Corá más a voluntad que a fuerza. Quién le iba a decir nada, si al parecer ahí se daría la paz. Seis horas conversaron ahí López y Mitre; casi lo mismo ella y Gómez. Él, alto y bien corpulento, de postura y acento agraciados, simpático en su decir y en la sospecha a caña que le emanaba; ella, de tempranas canas y manos astilladas de empeño, casi una virgen en su imagen, toda una viuda en su semblante, huérfana de su propio hijo y de sonrisa maltratada por la guerra. Mascaron naco juntos y escupieron en el mismo suelo.

Al final no hubo paz. Se despidieron bruscamente.

A lo lejos, amagando cruzar el esteral al paso del ojo desnudo, nada se ve, pero es una certeza: están los paraguayos. Tuyutí es el tedio o la fiesta o la ceremonia militar; ninguna otra puede ser su naturaleza. Para Gómez sin embargo, todo se ha reducido al tedio. Envuelve groseramente la viruta de tabaco enmohecido que se va a fumar, pero que no arrima al fogón sin antes interrogar a la siesta si esa noche pasará por el prostíbulo; pero el acto no es más que un protocolo de hombría que debe hacerse todo varón en semejante contexto, una pura ceremonia, pues sabe que no irá hoy, tal vez mañana tampoco, y la causa —o mejor, la causante— lo encuentra patéticamente animoso y debidamente irresuelto a la vez.

Sus carpas tendidas tan cerca del suelo de los humedales, tan inestables a sabida imposibilidad de firmeza del terreno, que es tan evidente que son ajenas a éste. Organizan un desorden serializado y múltiple en el paisaje, un hormiguelo nada propio de las hormigas. Las reses enflaquecen tan de golpe que se puede atestiguar el proceso si se las observa unos minutos, una buena partida ya estará con el cólera hasta las pezuñas;

sus costillas no esperan a ser carneadas para saltar a la vista, y este apuro por la parrilla paradójicamente subvierte todo apetito. Es un espectáculo en homenaje a la repulsión. Da asco verlas.

—¡Jaha pue Gómez! —le apura el paisanaje que ya rumbea hacia la noche de Tuyutí. Él sigue sus pasos, y esa es su manera de contestar. Se está a gusto con ellos aunque hoy no diga más que monosílabos; son correntinos como él: ni agauchados tirados a la fuerza ni veinteañeros bonaerenses de presunción épica. Acaso los correntinos y misioneros también son algo de mal entretenidos a los ojos porteños, pero no se les piensa traicioneros y mañosos como los entrerrianos, como los paraguayos, como el Paraná y su caudal, que si ahora pueden recordar es por haberle sobrevivido. Pero a los ojos de Gómez y sus paisanos, son más exóticos el grueso unitario y las bandas del gauchaje y orientales, los bandeirantes y sus esclavos, que el enemigo común de todos ellos. Rápidamente desacostumbrados del fervor marcial una vez que desandan el campamento para entrar a los callejones de Tuyutí, se confunden, se pierden los unos entre los otros; los correntinos entre los paraguayos, y viceversa. Comparten mate, hay trueque de tabaco y caña, de barajas y queso.

Nadie menciona los entreveros de Estero Bellaco ni de Tuyutí, librados meses antes. Disfrazados los paraguayos con uniformes de aliados finados en campaña, lo que constituye su única diferencia; indistinguibles hasta para el buen oído:

—Caña mante el consuelo —dice alguno en algún momento de la conversación, en señal de resignación, y todos asienten oscureciendo el semblante. No se sabe quién lo dijo, ni a qué bando responde. Pudo haber sido cualquiera de ellos. —Caña mante el consuelo —repite alguno otro, en algún otro momento de la conversación, pero esta vez con jocosidad, y todos carcajean faltos de aire y varios dientes. Por un momento olvidan que al día siguiente podrían trabarse en combate entre ellos, verse de frente las mismas caras pero a bayonetazo limpio, aunque parezcan paridos por la misma madre. Todos son todos y uno es cualquiera; sus palabras son las mismas, entre ellos y en ellos; designan su desgracia futura y su euforia presente, y al revés lo mismo. Alguno menciona que ya se encamina al prostíbulo, que no vale hacerse tarde aunque el general Mansilla sea considerado en el reducto en el que manda, y al que pertenecen. Gómez se niega, esta vuelta no quiere ir a las mujeres,

o más bien solo quiere ir a una, en campamento lopista. Bien letrado a la hora del trato, ejecuta la urdimbre que tejió esa tarde: se endeuda entre los suyos antes de que sean absorbidos por las tolderías mujerieles, procede a la entrega de botellas rebosantes de caña; a cambio, un uniforme paraguayo sin rastros de mutilación, y el envío de su mensaje: dentro de dos días en campamento paraguayo.

Tan valiente y apenado como borracho —para mayor valor y menor pena—, se cuadra al día siguiente ante su comandante, Lucio V. Mansilla, con el propósito de la licencia: que su hermana de Itapirú, dice, que esto, que aquello otro, dice también. Manso, Mansilla,

divertido por la decisión de Gómez de picarse en caña para encararlo, y aquerenciado previamente con él, sin desentonar en ese sentimiento del resto del campamento por su grado militar, no impone más condición de que se presente a los dos días al toque de asamblea. Para la tarde, emitida la licencia, Gómez encarrila a Itapirú. Una vez hecho de provistas en su hermana para pagar sus deudas, ya dispara al galope hacia Paso Puku con la única certeza de que puede ocurrirle el fracaso, si se quiere ponerle nombre: que le volteen el caballo, que la sangre seca en su kamiseta pytã'i se descubra ajena, en una palabra; con que uno solo lo delate es suficiente, de este bando o del otro.

Y en la posibilidad de que cualquiera de esas posibilidades se cumpla, ahí radica su certeza única: serán todas ellas, en definitiva, la sola e impar posibilidad de ser pasado por el zumbido del fusil.

Un día y medio le han demorado la ida, la vuelta y el desvío. Pesa setiembre y su promesa de una primavera cruenta, pero la tarde noche es de ellos dos aunque la muerte se relama en las trincheras cavadas con omóplatos de animales, que así son más de provecho que a la sal y al fogón. Nadie los vio, y si los vieron, nadie contó. En todo caso, en el campamento hay baile, hay guitarra y sapukái como de costumbre, y cuánta damajuana debe estar circulando con mayor ansia que la de delatar este encuentro furtivo. Ellos se ríen y se muestran las heridas en signo de intimidad, de complicidad; ya se comentaron el llanto de López al caer Uruguayana y la traducción que entretiene el ocio de Mitre —de un Dante que un Gómez es incapaz de evocar—; todavía ella ironizará sobre la elección familiar de López que vio un compadre en Urquiza, que ahora lo ataca más de lo que lo ignora; todavía él sacará el rumor del esclavo brasileño que piensa apellidarse Solano López, en venganza y picardía, cuando lo den por liberto tras la guerra.

Se dan confidencias militares como quien cuenta su vida, pues hace tiempo que la guerra es su vida. Todavía la noche será entera en su vacuidad, cuando ellos la colmen de su miseria. Su enemistad es más una pasión que una condición, y como tal, su puntería es caótica; son enemigos y se besan, no pueden hacerlo pero lo hacen, y si se besan no pueden ser enemigos pero lo son. Con las manos estrujando sus nuca, se presionan y se enternecen; el sexo y los mosquitos arden y estremecen, pero su ardor y su estremecimiento no tienen adjetivo, decir que es de dolor o de placer sería escaso y sobrante. La contradicción está postulada: se desparraman entre sí y juntos se desparraman en el suelo de Paso Puku, que es toda la tierra; pero antes la guerra ya estuvo desparramada en el suelo, y toda la tierra es Paso Puku, y ellos son la guerra. Son enemigos y se besan. Son la guerra y se aman.

A partir de entonces sus historias, que son una, se acelerarán o no al capricho de los hiatos. La fecha es 22 de setiembre de 1866 y Curupayty es el infierno. Los alaridos viajan kilómetros pero el cuartel de Paso Puku está a pocos metros; ella teme oír la muerte de Gómez entre las demás. Lo imposible ocurre: vence el ejército lopista, los paraguayos vencen. Tropas y tropas anónimas de aliados caen al repique de los fusiles y el sapukái de guerra, la marcha resuena y despunta en las trincheras, su ritmo viste kamiseta pytã'i.

En el entrevero un soldado de la infantería aliada siente la mordida del plomo y cae: Mansilla ordena a Gómez que se repliegue pero sin caso alguno; el herido pelea desde el barro, hace fuego hincado, en seguida está de barriga y con otra bala metida adentro.

Al escándalo de la muerte le siguen los rugidos de la victoria; y el grito de un kara kara al temblor de la retirada aliada. Hay bajas que tienen nombre; Sarmiento, por ejemplo. Hay miles anónimas; por ejemplo, Gómez.

Ahora, a meses de la revista en la que los heridos respondieron al nombre de Gómez, caído, más que la muerte, de nuevo es el tedio el que pasea en ambos campamentos. En Tuyutí no hay certidumbre del futuro lejano y no hay pronóstico de lo pronto; en Paso Puku, López pasa días y noches aferrando el ojo a los telescopios.

Ella, insignificante y empeñosa, no tiene noticias ni esperanzas, sabe que no puede tenerlas; tenerlas ya es una tragedia ante la certidumbre de perderlas. No intuye, no quiere intuir; no piensa figurarse una idea: no hay una sola imaginación que se permita. Si las previsiones falsean es porque la realidad les rehúye, el hecho de imaginar una circunstancia la anula. Y así fue, menos por evocación que por omisión, que lo impensable ocurrió: ella no intuyó que Gómez, mal herido, se pasara por muerto tras la retirada de su ejército,

y Gómez se fingió cadáver para no recibir el debido remate; ella no quiso pensar qué haría él para frenar la hemorragia, y Gómez forjó un torniquete con lienzos de los caídos; ella se negó a figurarse que él saldría de ese cementerio apenas inaugurado, y Gómez llegó hasta una balsa brasileña apoyado en su fusil; ella se opuso a que se le atravesara la idea de que él no moriría, y Gómez vivió. Vivió en un hospital brasileño todo el tiempo y ahora, rengueando más por costumbre que por las heridas, vuelve a Mansilla y su reducto, vuelve al único lugar en que puede volver a pensar en ella.

¿Qué tramar ahora, ante el paréntesis en el tiempo y el combate que abrió Curupayty? ¿Será posible una nueva variación de la maña bajo la cual se habían visto y admitido que no es la muerte, en cualquiera de sus rostros, a lo que le temen; sino a la separación, o mejor, a la imposibilidad de una separación, puesto que en realidad nunca fue posible juntarse, nunca fue posible que los separaran? Ignoradas las moscas en el manto que hacen para cubrir su cuerpo interrogativo, Gómez urde, presagia, sopesa, dirime. Ya está resuelto: no es la muerte a lo que le teme, y por eso la elige; ya la ha vencido una vez, y por eso le tienta una revancha.

Más diligente que esmerado y menos ansioso que eficaz, como quien cumple una orden necesaria para restaurar un orden —o en todo caso, imponer uno ante su carencia—,

Gómez cuartea al primer cristiano que se le cruza al paso, en su propio campamento. Y con este acto, meses de su resurrección, su maquinaria al fin está en marcha: ha forzado su propia ejecución. En vano Mansilla intenta arreglar su caso; el cabo se acrecienta mérito de fusilamiento al confesar el supuesto error: no quiso truncar a un pobre vivandero, dice, sino a un alférez de su propio regimiento.

El urutaú se cuadra en su gesto sombrío sobre el tronco muerto, la cría resignada a su naturaleza lo emula; parecen no vivir y respiran, están despiertos pero entregados. Ella los mira y se les emparenta: no tiene nada, siquiera motivos y sin embargo, sigue apurando pucheros flacos. ¿Un año? ¿Tres? El tiempo no se deja calcular, lo único cierto es el olvido al que obliga; esa noche con él en Paso Puku ya no puebla sus recuerdos y ella se da a la idea de que aquel cabo, su enemigo, no tiene nombre ni rostro; pretende creer que nunca existió.

Mitre y sus fuerzas se han retirado hace un tanto a atender sus propios problemas; Asunción evacuada ha sufrido la deriva al fuego de los acorazados brasileños; Humaitá, franqueados todos sus cercos, ha resistido a fuerza de órdenes hasta su rendición.

Ella asiste a las precipitaciones del acoso sepulcral, a los arrebatos del karai López; los comparte por igual. Ahora en Lomas Valentina nadie lo dice pero todos lo piensan, hay quienes ni lo piensan por miedo a la invocación: esta será la batalla última —imposible intuir el éxodo en diagonal, lo inesperado en Piribebuy, en Acosta Ñu; imposible intuir un final en Cerro Corá. Desde el aire llega la marcha de la sangre en el redoble. El trote último después de la bayoneta calada, la blasfemia después de escupir el plomo en la trinchera; todo eso se oye.

Acá la retirada es ley, sea por orden o supervivencia, que ahora son lo mismo. Hay humo en el aire y hay enemigos en el humo; el aire es enemigo porque todo a la vista es el enemigo. Se dispersan por el polvo y su figura se deforma abarcando todos los ángulos; se ve el galope, se ve el mandoble cruzando los cuerpos, se ve gente muerta desde antes de que caiga muerta. Ella es enemiga entre los enemigos, se sabe muerta entre los muertos. Ya una oración le mueve los labios; su voz se suspende sobre los gritos, se resbala debajo del sol sangriento y de la muerte. Siente el agarrón frío de un enemigo y se confía a la resignación. No ve y no siente que el galope es suyo, hasta remontar su palidez bajo la sombra que corre en su rostro, intercalada con la lengua de un sol que se filtra entre el techo de los árboles.

Ahora siente el movimiento, todo lo ve claro y en su desorden; ya puede advertir también que el galope es suyo. Sin embargo, no ve el rostro del jinete que la rapta, no escucha su voz que no habla. No importa descubrirlo, pues intuye que es un enemigo íntimo. Adivina el nombre: Gómez. Sonríe.

Referir su segunda resurrección y sus circunstancias hasta Lomas Valentina, sería tosco y redundante; en estas condiciones, uno es héroe menos por convicción que por defecto. Ella no tendrá nombre ni voz aunque figure en este relato o en el que debiera, y en cualquier caso su vida no será ni real ni ficticia. Gómez será nombrado por Mansilla, y éste pondrá palabras en su boca —acaso para arrimarlo a la Historia, puesto que ésta suele extraviar las historias—, sin por eso haber podido ser inventado, es decir: ni real ni ficticio.

En la figuración de un final, en la necesidad de un final —que como tal, más tiene de umbral que de final—, ambos en un abrazo siguen con la cabeza, más que con la mirada, la retirada de López y un puñado hacia el este; menos vivos que muertos, más muertos que vencidos. Aprietan el gesto y sus cuerpos, el urutaú rezonga para demostrar que está vivo, y entonces saben, aunque no sepan decirlo: si hubo un ganador, ese fue el fervor; y si hubo un perdedor, ese fueron todos. Han perdido y han ganado: son enemigos y se aman.

Ida y vuelta

Iván Marcelo Paniagua Sosa



Leer: es esta la única vocación verdaderamente tolerable de entre aquellas que son endiosadas por los fervores de la retórica. El reflejo de la escritura, por el contrario, se reduce a la más esotérica y baja de las ocupaciones; escribir es transcribir, graficar a mansalva solamente lo que la lengua quiere que digamos: de esto me he ocupado yo. Tales ironías me fueron reveladas en un desprolijo episodio, bajo intervención de las propias ironías que nos encierran a quienes cultivamos estas desgracias.

Todo sucedió durante el viaje que impredeciblemente cercenó las farsas de mi vida, y que ahora relataré con el pudor de una contradicción. Pues no me cabría más a mí, se supone, narrar nada después de este episodio.

Al asegurarme el cinturón de seguridad, tal y como mandan las instrucciones de vuelo, un golpe de memoria, tal vez el instinto más salvaje que conservo, me hizo voltear el pescuezo hacia mi pequeño equipaje de mano y abrirlo violentamente. La confirmación de lo que me temía acabó por evacuar todo el aire de mis pulmones, al tiempo de proferirme insultos por lo bajo. El despegue que me encaminaría a mi más ansiado reconocimiento honorífico estaba en marcha, me esperaban más de siete horas de vuelo y una escala de por medio, y yo allí:

con el cinturón cruzándome la cintura, privada de fumar y sin ninguna lectura a mano (que es un decir, puesto que siempre existe la posibilidad de leer los manuales de seguridad y las revistas de aerolíneas; ocupaciones que mayormente sobrepasan mis voluntades o mínimas pretensiones: mayor entusiasmo que la idea de hacerlo, me provocaría la de usar sus páginas como envoltorio de mi tabaco).

Creo que por unos minutos practiqué mis habilidades en el noble arte del autoengaño: dirigí la vista a la ventana rogándole a las nubes que me ofrezcan algún indicio de entretenimiento; que cuando menos me exhiban la colisión de unas cuantas aves con las turbinas, o quizás, que una excéntrica casualidad agrave la estabilidad del vuelo y me deje al borde la muerte, si no en sus propias fauces.

Pero es sabido que la distracción es la más arisca y enigmática de las condiciones mentales: que se presenta en los momentos menos apropiados y que cuando se la pretende, su ausencia es desesperante.

La espera se hizo fracaso, y éste, frustración.

Con una complicidad que traicionaba mi historial de malas relaciones con mis semejantes mujeres, conseguí –a cuarenta y dos mil pies sobre el atlántico– que una azafata me inventara alguna lectura que no se dejara apoyar en el bodrio comercial. Debo admitir que ese número de *La Squadra*, el deportivo italiano – lengua que nunca me ocupé de estudiar–, por cuyo origen siquiera le cuestioné y cuya fecha de edición no consulté, abdujo mi imaginación por unos minutos; me inventaba crónicas mentales siguiendo fotos del *Tour de France* y demás eventos deportivos que habían culminado hace meses, tal vez años (después de esto, puedo decir que la adivinación de una lengua romance es un juego de alta sanidad que recomendaría, y cuyo entretenimiento, ciertamente se hace menos perecible con *La Squadra* que con

la *Divina Commedia* –como más de uno lo recomienda–; a veces una boutade es una boutade).

Apenas superé todas las etapas del *Tour de France* y las demás epopeyas atléticas que fui exprimiendo del

ejemplar deportivo, volvió a pesar mi angustia por la carencia de lectura. Creo que sudé tibio. Frío no. Tibio. Que no es caliente, o sea natural; y que no es frío, o sea antinatural. No, sudé tibio. Lo que es un interludio en los dramas de la transpiración: cuando el cuerpo *visible* aún conserva el estado natural, pero el cuerpo *invisible* está tropezando sobre la franja de la cobardía. El hormigueo se me subía desde cada extremidad, la azafata me negaba más pastillas, el maldito NO FUMAR me acechaba en cada esquina de la nave...

Lo recordé cuando sentí ese bulto clavándome las costillas: mi intención era obsequiar a ese amigo que me acercó al aeropuerto, dos ejemplares de mi obra más aclamada por la crítica; una para él y otra para su pareja, pero éste me notificó sobre su estrepitosa y reciente ruptura; naturalmente, solo aceptó uno. Y ahora yo me encontraba en ese trágico y deplorable estado...

Con pudor, y no sin antes asegurarme de ser ignorada por eventuales espionajes, rescaté el bulto del bolsillo de mi chaqueta parka, y forré el ejemplar con lo que tenía a mano; así fue cómo los titulares de *La Squadra* acabaron disfrazando mi verdadera lectura.

Recuerdo que, en un gran segundo de juicio, atiné a reprocharme la depravación a la que me dejaba arrastrar por la desesperación. En cierto momento, la azafata se me acercó en son de picardía y preguntó, tuteándome, qué leía. Ya era lastimera mi condición para entonces, pensé, no más me faltaba que la fama ahora se encargara de enterrarme aún más en la burla propia y ajena. Solo le respondí que una novela que no estaba mal. Ella, llamándome por mi nombre, me preguntó si se la mostraba. Esta es la *infame fama*, pensé entonces: que te agarren hasta expeliéndote una ventosidad y sepan identificar tu rostro y nombre.

No creo que la termine, fue lo único que se me ocurrió responderle. A lo que ella sentenció, con una sonrisa que no contaba con el menor vestigio de caridad: ya le vi, se está leyendo su propia novela.

Nuestro convenio no sostuvo mayor complicación: al desembarcar yo le dejaría el ejemplar escondido y con dedicatoria en el asiento; por su lado, su silencio fue mi petitorio mínimo e innegociable (además de cierta consideración con el menú de la aerolínea: me serviría doble porción de la sopa de sabor plástico con esencia de pollo y me exoneraría del guisado de plástico con textura de pollo y esencia de sopa).

En lo que duró la escala me fumé media cajetilla.

Tuve la oportunidad de indagar en la librería del aeropuerto, pero misteriosamente no sentí tal necesidad. ¿Qué clase de perversión es esta?, me pregunté mentalmente entonces, pero las posibles respuestas parecían consumirse a la par del tabaco. ¿Quién, que respete su trayectoria, se permite perder hasta tal punto la autocrítica? ¿Disfrutar algo que fue escrito por sí mismo? ¿Quién que conserve cierto decoro se masturba mirando al espejo? Todo esto era muy confuso. Abordé el vuelo definitivo. Acondicioné el envoltorio de mi lectura y procedí a retomar mi acto de abyección.

No fue hasta alcanzar el punto final de mi lectura silenciosa que se me aclararon las respuestas y el estómago. ¿Cómo no lo había notado antes? No había abyección o la más mínima degeneración en el goce de mi más reciente lectura, que a su vez había sido vomitada de mis propios tecteos: la autocrítica es para quien se dispone al gesto de escribir, que malamente comparte sinonimia con el acto de crear; sin embargo, la lectura, si bien genera sentido, lo hace siempre traicionando –si no ignorando– las intenciones originarias de esas *creaciones*. Es así la lectura, acaso el instinto más eficaz que nuestra pobre especie ha desarrollado; y por su lado, la mal llamada *creación* literaria y sus atribuciones,

se vanaglorian de sí en una espiral de farsas: nada es más real que leer, y nada es más falaz que escribir. Lo que no ha caído aún en la miserable condición de la palabra gráfica, no deja por eso de estar escrito en el texto que supone la oralidad; el solo efecto de cifrar un hecho (probable o improbable) en cualquier manifestación de la comunicación humana, conduce a ese hecho a enhebrar por el ojo de la única y misma aguja que teje la repetitiva tela del lenguaje. No todo se ha escrito aún, sin embargo, ya *todo* está dicho; del mismo modo en que no todo se ha leído aún, sin embargo, ya *todo* está oído. De este modo, la angustia que genera la sensación de que *siempre* hay una lectura pendiente, es la misma que nos deja caer en la bajeza de la escritura. La traducción sería entonces la única práctica literaria libre de pedanterías, pues es la única que asume con humildad su carácter de transcripción y, sin embargo, su resultado da a luz a obras que traicionan su palabra originaria. La crítica, a su vez, solo conserva su dignidad al dejar de ser entendida como *crítica* y pasar a ser empuñada con el filo de la interpretación, pues el valor del texto es determinado más por el modo en que es leído, que por el modo en que es escrito. De este modo, puedo entregar los capítulos XXIV y XXV de *Das Kapital* a un niño cualquiera, sugerirle antes de que lo lea, el género policiaco del relato que me digno a ofrecerle y esperar luego

que este lector, con una lectura dilatada por la instrucción que le di, encuentre el degüello y los signos de tortura y hasta los vestigios de semen en el recto de una víctima con los nombres y apellidos más bajos de las escalas sociales modernas, y conforme avance en la trama, no hay dudas de que atraparé –con la sangre seca y pegoteada, hasta estas horas del mundo, en sus manos– a los autores morales y materiales de los crímenes; del mismo modo, y esta vez sin necesidad de infancia, podría ser entregado a cualquier sujeto un ejemplar de la Biblia, e instruirle en la lectura de ese texto con el fervor con que se leen los manuales de educación cívica, para luego esperar y ver cómo el lector agrava sus juicios de valores con respecto a la higiene ótica ajena, a la pose a ser adoptada por sus prójimos encima del inodoro, o a cualquier otra práctica que devenga en una nueva serie de inmoralidades comunitarias citadas en dicho manual. Finalmente, dejé superado el jocoso debate ético sobre el plagio, cuyo destino más justo, luego de mi testimonio, parecería el de ir a parar a la derecha de la *cita* en los glosarios de sinónimos; pues, ¿qué era este premio que me prestaba a retirar, si no una medalla colgando en un nuevo y postizo cuello de Shakespeare o de Homero?

Si también mi torpe y pobre novela, que acababa de leer, conformaba parte de la obra póstuma de Cervantes; y éste, a su vez, no es menos pésimo escritor de lo que soy yo.

Ya pisando el suelo de Estocolmo, terminé de fumar la cajetilla completa. Y conmovida por una básica lógica de la moralidad, pensé que lo más íntegro sería no presentarme a la ceremonia de entrega, dar notificación de mi renuncia al premio, y canjear el próximo vuelo de regreso.

Una vez que estuve de vuelta, sentada en mi fiel escritorio, di por concluido el ilusorio capítulo de mi vida de escritora. Hice después una lista de mis lecturas pendientes. Y antes de encaminarme a mi librería de confianza, miré la medalla del premio y me dije que hice bien: que esa medalla estaba mejor ubicada en mi basurero, que en el pescuezo de algún otro embaucador.

Coda

Eumelio Javier Caballero Quintana



Mi nombre es Juan Bautista, mis padres escogieron ese nombre por la fecha de mi nacimiento, nací el día más festivo de mi país, el gran día de San Juan. Solo eso puedo decir de ellos porque fallecieron antes que pudiera memorizar sus rostros, sus actitudes (aunque mi hermano decía que soy idéntico a mi padre, pero con el temperamento de mi madre) y cualquier otro aspecto que me aproxime vagamente a querer saber lo mínimo de ellos.

Crecí bajo la tutela de mi hermano, que era apenas 4 años mayor que yo, esto, desde los mismos años que él me aventajaba. No tuvimos una casa y raras veces contábamos con un techo para dormir, nos alimentábamos de alguna que otra paloma que mi hermano diezmaba con su hondita o de algún que otro hurto desvergonzado que realizábamos de las chacras de los caazapeños (los llamo por su gentilicio porque los considero ajenos a mi existencia). Con el paso de los años, pudimos asentarnos en una choza improvisada en medio de la mata y nos dedicamos a cultivar y comercializar la yuca. Todo pintaba bien y sentimos que podríamos llegar a tener estabilidad, habían transcurrido 10 años desde que nos vimos huérfanos, entonces mi hermano se enteró de que los bolivianos estaban invadiendo nuestra

tierra y movido por un ferviente patriotismo, decidió alistarse; fue llamado pocas semanas después para ir al frente de batalla, hecho que terminaría por extinguir las arenas del reloj que cronometraban su vida.

Todo lo que experimenté y viví después de ese acontecimiento carecen de importancia, con él murieron mis ganas de sobresalir o ser alguien en la vida, con su muerte, en mí nació un creciente odio hacia los que estaban en el poder, quiénes sacrificaban a sus peones, peones que iban fervorosos para luchar por la patria, pero solo luchaban por las pretensiones personales de un megalómano desinteresado por el bienestar de los compatriotas, cualesquiera hayan sido.

Este odio me empujó a empadronarme en el PLRA, como consecuencia sufrí muchas

persecuciones, ya que no solo figuraba como liberal, era un activista que contrariaba y hacía lo posible para dejar mal parado a aquellas pañoletas que fueron pintadas con la sangre de los caídos en batalla. Mi lucha se vio frenada por el único sentimiento más fuerte que el odio, pero inversamente proporcional, como una reacción ebullitiva que se condensa en el alma: el amor.

Me enamoré de una mujer impresionante, compenetrábase con una precisión milimétrica a mis ideales, nunca era mucho ni poco, era exacto. Solo había un problema, era de familia adversa (A.N.R) y como saben, en esa época importaban los colores, era un pecado mortal tener contacto con personas del “otro bando” y yo, yo no permití que eso detuviera hacerme del amor de esa mujer, ya había vencido adversidades más difíciles y eso era una nimiedad.

Pensé mucho, pregunté mucho, investigué mucho y cuando todos los caminos parecían terminar en un muro de imposibilidades, me llegó la noticia de que el Dictador estaba expandiendo el país hacia el este y mandarían a todas las personas que quieran ir a ese lugar. No dudé ni un instante y ella menos. En busca de nuestro porvenir y de dar libertad al sentimiento, fuimos a esa zona tras vender lo poco que teníamos; conseguí un terreno, empecé a trabajar como albañil en la hidroeléctrica que hoy día es considerada una de las más grandes

del mundo, con eso conseguí forjar un hogar, me casé y tuve 12 hijos, 7 mujeres y 5 varones.

Trabajé en demasía para poder criar a mis hijos, les pude dar educación y los llené de valores y aptitudes que les sirvieron de mucho en la vida, aunque en las últimas semanas me he preguntado si en verdad hice un trabajo correcto como padre; lo único que recuerdan de mí es que cuando llevé a los doce al registro, mi esposa tuvo que escribirme en un papel el nombre de cada uno y en otro la fecha de nacimiento de los mismos, debido a mi inutilidad para leer y escribir, sumados a mi poca paciencia, los resultados fueron cumpleaños mal colocados y festivales de burlas al respecto.

Cuando pienso en todos esos acontecimientos que antecedieron a mi enclaustrada existencia, sonrío cuál demente porque solo disfruto de la compañía de estas tres mujeres satíricas con rostros difuminados por una cierta oscuridad que toman su mate frente a mí sin siquiera prestarme la mínima atención que les pido. Tuve amigos, tuve hijos, tuve compañía, pero al final obtuve burlas y sonrisas pícaras que se entrecruzaban entre un “pronto podrás tomar el mate con nosotros”.

Cuando mis nietos habían crecido lo suficiente para hacerse las típicas preguntas de todo niño invadido por la curiosidad como: “mami, ¿cómo nací yo?”, escuchaba a mis hijas decirles “una cigüeña te trajo”, eso me orilló a una duda que hoy creo, se ha convertido en una certeza. Yo, tal vez, no haya llegado al mundo gracias al diligente mimby, no, lo correcto sería decir que mi existencia se vio materializada gracias al zopilote, cruel carroñero que señaló mi muerte prematura e inconsecuente.

Desde que me vi físicamente imposibilitado por un dolor en el pie que, según el doctor, se debe a mi edad y a cuestiones pasadas que fueron sumándose hasta acabar con el desmembramiento de algunos dedos, vivo en la casa de una de mis hijas. Vendimos la nuestra que tanto me costó construir y edificamos una nueva en este patio trasero.

Al principio, mis hijos venían jubilosos y mis nietos se acercaban sin ningún temor, se podría decir que empezaba a agradarme el hecho de tener compañía en los días y compartir con ellos las anécdotas que rebasaban mi memoria. Al pasar los meses, los años, esas compañías fueron disminuyendo y de vez en cuando gozaba de algunas charlas largas que mi nieto, hijo de mi actual arrendataria, iniciaba conmigo:

- Escuché tus quejidos en la madrugada, abuelo, ¿te sentís bien?

- ¡Claro! No niego que cada luna los dolores aumentan, el medicamento está perdiendo efecto.

- Entiendo, ¿querés que haga algo por vos?

- No te preocupes por este viejo saco de huesos y piel holgada, si querés hacer algo por mí, colócame esa música de Don Eligio.

- ¿Korochire tyre'y? - Sí.

Todas esas conversaciones iniciaban de esta manera, era como un guion que lo teníamos aprendido, no obstante, era un guion que este histrión gustaba de interpretar.

A veces, nos quedábamos en silencio, solo escuchando la música que dura poco más de tres minutos y, en eso, una lágrima emprendía camino por mi mejilla para llegar a mis arrugados labios; levantaba la vista y lo veía observando con detenimiento esa pequeña fórmula de hormona basada en proteína salina que dictaminaba mi soledad, él permanecía inmutable, estático, contemplaba ese espectáculo solemne en que la tristeza acudía a la desolación y con suerte de heraldos viajaban en una milésima de segundo por los conductos sanguíneos para terminar arrodillados ante esta melancolía terrible que inundaba mis lagrimales; nunca decía nada, solo se quedaba y observaba hasta que

yo le diga “¿tomamos el mate?” y él contestaba con un “sí, abuelo” solapado.

Y como no mencionar a la susodicha mujer con la que me casé y disfrutaba esa estancia, ella había permanecido a mi lado firme, como un roble, aunque a veces perdía la paciencia cuando yo me negaba ferozmente y la miraba con ojos de Atila, solo por no querer usar el bacín y trataba de dar pasos hasta el baño, con claro infortunio y me desplomaba al piso. Pese a eso, ella me hacía acordar de esas fiestas que organizaba en mi antiguo barrio el día de mi cumpleaños, fiestas en la que invitaba a todos los niños y los ponía a jugar carrera vosa, vyvra s̄yi, kambuchi jejoka y comíamos la chipa y otras comidas de mi país, hacía que recuerde eso y me decía que siempre tenía una sonrisa ese día, que extrañaba esa sonrisa. Ineludiblemente le decía que la amaba, y que me disculpe por todo lo que le estaba haciendo pasar. Todas las noches en que se oían mis alaridos, a la par, se escuchaba a una mujer rezando incansable el rosario, orando... llorando.

Ya pasaron más de nueve meses de aquella última consulta médica a la que fuimos, me invade un sentimiento de tristeza entremezclada con alegría el hecho de volver a pensar en ello. Recuerdo que la dueña de este sitio salió llorando de la sala del doctor y mi nieto nuevamente estaba ahí, observándome con esos ojos de arcano.

Hoy, nuevamente están reunidos mis hijos, nuevamente están mis nietos y no temen acercarse a mí; hoy, nuevamente mi esposa me ha visto sonreír y eso que aún faltan tres meses clavados para mi octogésimo séptimo San Juan. Mis hijos tocan la guitarra y me

complacen con el pedido del guyra korochire... No pude evitar llorar, pero hoy todos estaban llorando conmigo. “Eres fuerte”, “te queremos”, se escuchaban en medio de algunos sollozos.

Hoy, se me nubla la vista hasta ver la oscuridad, veo la oscuridad hasta verme sentado en mi catre, en la madrugada, frente a mí están las tres señoras con su mate nuevamente, pero sus rostros en esta ocasión se van aclarando de a poco y cae una nitidez lenta que me ayuda a verlas mejor.

- ¿Dónde están todos?
-No te preocupes por ellos, están bien.

¿Qué es esto?! ¡Al fin se dignaron en responderme! Llevo meses pidiéndoles que me hablen y hoy, justo hoy que no quiero hablar con ellas, me responden. Esto ha de ser una burla más de estas señoras. De seguro fueron ellas las que expulsaron a mis hijos, a mis nietos; lo estaba disfrutando tanto,

era un clima cálido, era un ambiente colorido y ahora solo siento frío y veo el lampiú que va iluminando progresivamente este espacio oscuro.

-Díganme, ¿por qué me hablan ahora?, ¿por qué no lo habían hecho con anterioridad?, ¡díganme!

-Tranquilo, Juan. Esta señora que está aquí, es María, esta otra es Gloria y yo, soy Celeste.

-Lo siento, Gloria y María, estoy un poco desconcertado, tienen los mismos nombres de mis nietas que habían muerto hace algunos años, me traen...

-Y Celeste, Juan, es el nombre de tu madre...

Mi nombre es Juan Bautista, estas son las últimas notas que mi espíritu compone.

Pese a que no demostré jamás lo agradecido que estuve con mi locataria... con mi hija, por ser la única que dedicó tiempo y sacrificio para cuidarme en esos meses en que todo parecía imposible de superar, pese a que muchas veces la miré con ojos descontentos por la poca tierra que había perdido y pese a que en las madrugadas lloré y maldije mi existencia por haberme sentido acomodado en la esquina de un sitio ajeno, quiero, querido nieto, que le digas que estoy agradecido con ella,

feliz por poder decir a estas tres personas que viví una vida satisfactoria y completa y que fui cuidado con amor hasta el último minuto de mi vida. Vos, que te sentaste conmigo en esas tardes y noches conversando sobre trivialidades y que, a pesar de verme destruido por la aflicción que causaba ese verso "che rendápena pejumi", te pido que le digas a tu madre que la amo. Te lo encargo.

Latidos

Bruno Celso González Esquivel



Allí yacía el corazón en agónica letanía, reposando en su fría prisión de pieles sanguinolentas y malheridas. Su roja luz brillaba tenuemente y su latido era demasiado leve para ser escuchado.

Una última lágrima había caído de los ojos de su humano, produciendo unas ondas al chocar contra el suelo acuoso. En ese instante, y con una rapidez trepidante, sus pies empezaron a volverse piedra. Uno tras otro, sus dedos se petrificaron y la sombría acción fue esparciéndose al resto de su cuerpo como si se tratara de una imparable gangrena. Empezó por la planta de los pies, luego a los talones, recorriendo las pantorrillas, después a las rodillas, siguiéndole a los muslos... el dolor se apoderó del hombre hasta volverlo piedra.

Un sonido de rocas amontonándose alertó al corazón, quien asomó su vista a las afueras y posó sus ojos al charco donde el hombre permanecía de pie. Sus latidos se volvieron violentos y apresurados al ver cómo las extremidades de su hospedante iban convirtiéndose en un negro mineral, cuya intención era devorarlo por completo. Dirigió su vista al rostro del humano, este permanecía inmóvil, seco, sin vida.

Frágil, mas no insensato, el corazón decidió huir de la perdición y del cuerpo que lo mantenía encarcelado.

De la persona que ahora estaba siendo convertida en lo que más temió en un pasado. ¿Pero cómo lograría escapar del pecho de su inerte compañero?

Aterrorizado, se imaginó a sí mismo transformado en roca. Entre miradas confusas al horizonte y el interior de su celda, contempló su propio ser, observó las profundas grietas que ya habían dejado de sangrar, heridas que el hombre había causado con su imprudencia y que seguían siendo frágiles y quebradizas. El corazón debía tomar una difícil decisión: deshacerse de una parte de sí mismo, o dejarse morir.

Vivir fue su elección.

Se alejó lo máximo que pudo de los barrotes, solo para tomar impulso y correr con toda velocidad y estrellarse contra ellos. Sus heridas punzaron por la fuerza del impacto, pero siguieron en su lugar.

Afuera, el torso y el abdomen del hombre ya habían sido invadidos por la muerte. Apresurado, el corazón volvió a alejarse, giró en dirección a la luz de afuera y salió disparado. Sin dejar de correr, cerró los ojos al encontrarse a un paso de los huesos y chocó. Sus cicatrices empezaron a abrirse. El dolor era demasiado. Incansable, el corazón se puso de pie, y a pesar del desesperante tormento, repitió el proceso. Inhaló profundamente, inició la marcha, dio media vuelta y con toda la fuerza que le quedaba se lanzó hacia los huesos, quebrándolas al mismo tiempo que la negrura hacía presa el pecho del hombre. El corazón salió arrojado al exterior, se desplomó en el charco que las lágrimas del hombre habían formado, y junto a él, cayeron sus pedazos. Desde el suelo, fijó su mirada en la que alguna vez fue su morada, esta permanecía vacía y hueca. Unas lágrimas se liberaron de sus ojos, solo para que este –exhausto– cayera en un profundo sueño del que hubiera deseado no despertar.

Tumtúm, tumtúm, tumtúm... fue el primer sonido que el corazón percibió mientras abría sus ojos. Las pulsaciones seguían resonando, y no eran las suyas. Se incorporó, la adrenalina hacía que sus palpitaciones fueran presurosas. Dio un vistazo a su alrededor: un terreno árido, gris, cuyo suelo erosionado recordaba infinitas cicatrices abiertas como las suyas.

Volvió a oír el retumbante eco, el sonido parecía provenir del norte. Esta palpitación significaba que existía la posibilidad de que aún hubiera otra persona viva en ese desierto. ¿La seguiría? ¿Por qué no? ¿Tenía algo más que perder, después de haberlo perdido todo ya?

En cuanto se hubo secado el charco de lágrimas, el corazón fulguroso se dispuso a emprender el viaje cuyo fin era tan incierto como lo era su propio futuro en ese yermo desolado. Vio sus pedazos tirados en el suelo y no quiso deshacerse de ellos, por lo que se acercó a los restos de la camisa que su dueño había roto en algún resquebrajo de cordura y colocó sus partes rotas en ellos como si fuese una alforja. Los ató a su espalda y empezó a moverse mientras la luna comenzaba a clarear.

De vez en cuando, mientras seguía caminando incesante, cerraba los ojos y escuchaba con atención los latidos a lo lejos. A veces latía con rapidez, como agitado o asustado, cuando eso ocurría, el corazón se sentía perturbado; otras veces, parecía relajado, haciendo que este se contagiara de la misma sensación. A cada paso que daba, las palpitaciones, cada vez más fuertes y cercanas,

le parecían una armoniosa melodía, cuyas percusiones hacían que no sintiera extenuación. Imaginaba ansioso cómo sería el dueño del corazón que oía a lo lejos.

A cierta hora de la medianoche el corazón experimentó un terror nocturno. En la espesa niebla, la luz lunar dibujaba misteriosas siluetas alargadas en la distancia. Eran varias figuras de personas inertes y amenazantes que se hacían mayores mientras el animoso pequeño seguía su travesía. Este sintió un culposo alivio al descubrir que las formas eran efectivamente humanas, pero ya petrificadas como su humano. El corazón fulguroso reflexionó entonces y se propuso a no evocar el pasado, por lo que abandonó las estatuas sin perder de vista su objetivo. Se había vuelto un buscador de latidos en pleno desierto.

La caminata hipnótica, que hasta ese momento era conducida por las palpitations cuyo volumen iba haciéndose invariable, fue detenida de pronto por un obstáculo más. Una inmensa montaña bloqueaba el paso del corazón.

Alarmado, y con todo el peso en sus hombros, el pequeño empezó a escalar la masa rocosa, apoyándose como pudo en las fisuras del peñasco e ignorando el murmullo del viento y los estruendos violentos, cuyo inicio, hasta ahora, habían pasado desapercibido.

Desde la lejanía, podría apreciarse como en medio de la oscuridad, iluminada ligeramente con la luz de luna, el risco presenciaba una motita colorada brillante elevándose, hasta llegar a la cima.

Lo logró, el corazón fulguroso consiguió alcanzar la cima. No obstante, al echar una mirada a su entorno, se halló ante la boca de un amenazador volcán.

Se horrorizó al imaginar que el dueño de los latidos podría estar ahora siendo desintegrado al calor del magma. Miró desesperado a todos lados, la luz de las llamas era

excelente para iluminar todos los rincones del volcán, por lo que pudo fijarse en cómo las piedras iban formando una peligrosa ruta hasta el fatal final de quien se atreviese a bajar. Pensar en ello lo estremeció de angustia. Era tal su nerviosismo, que creyó que estallaría en cualquier minuto.

Harto de esperar, el corazón tomó al miedo por las astas. Frunció los ceños, se sentó y cerró los ojos. Trató de concentrar su audición, ignorando el sonido de las burbujas de lava formándose y reventándose en el mismo lugar, el aullido del ventarrón, el estrépito de grandes piedras desprendiéndose de la montaña y cayendo al pozo ardiente. Hasta que, finalmente, logró aislar el ruido y enfocarse a un solo sonido: los latidos.

Y fue allí cuando atisbó a unos metros frente a él, un angosto y no muy alentador sendero que se extendía al centro del volcán; este se hallaba suspendido sobre el vacío mortal; era de donde percibió de nuevo los latidos. Imaginó que podría llegar más rápidamente si corría, pero al pisar el primer tramo, la superficie comenzó a temblar, amenazando con derrumbarse. El corazón sintió miedo una vez más. Unos espasmos recorrieron su interior, pero ya no se dejaría amedrentar. A pesar de que sus movimientos se volvieron meticulosos y sigilosos, la estrategia no sirvió de mucho: al primer paso que dio, la porción del quebradizo puente se deshizo, descendiendo de forma brusca al abismo de fuego. Haciendo caso omiso a la que podría ser una advertencia para él, el pequeño siguió la senda con extremada cautela. Ni siquiera los tambaleos provocados por el ímpetu del viento ni las convulsiones del suelo que pisaba lo hicieron retroceder, pese a casi perder el equilibrio y caer a su fin.

Había llegado. Triunfante, había llegado. Y allí, acompañando a sus latidos, oyó abajo otros ajenos a los suyos. Los mismos latidos que había estado oyendo en todo el desierto. Los latidos por los que se había enfrentado a sus temores y había arriesgado su vida.

El corazón se dirigió a la orilla del precipicio. Arrodillándose, bajó la mirada y descubrió allí no a un humano, como creía, sino a otro corazón muy similar a él, pero con la

resaltante diferencia de que este otro se encendía en llamas, pero sin arder. Este permanecía peligrosamente en un estado de inconsciencia sobre un desfiladero con clara intención de desprenderse. Sin saber cómo despertar al flamante dormido, el corazón fulguroso tomó una roca suelta y se la arrojó, esto pareció recobrar la consciencia del corazón llameante. Cuando sus ojos se abrieron y vieron al corazón fulguroso allí arriba, sus llamas se avivaron y este empezó a saltar de alegría, agradeciendo por dentro la atención a sus plegarias, pero olvidando la fragilidad de la plataforma que lo sostenía. La fuerza de los saltos hizo que el desfiladero empezara a agrietarse. Ambos corazones se sobresaltaron. El corazón fulguroso trató de hallar una forma de sacarlo de allí de inmediato, pero ¿cómo? No había algo con que sujetarlo...

El corazón de fuego estaba histérico, poco podía imaginar que su imprudencia al aventurarse en ese azaroso cráter lo llevaría a caer del precipicio. Al parecer, la muerte no perdonaría el que se hubiese salvado de milagro al aterrizar sobre la roca en la que se hallaba, y dejaría que este se hundiera y muriera enterrado por el magma. Quizá lo merecía; después de todo, había dejado a su humano,

condenándolo a vivir hecho piedra. Esto probablemente era un castigo... Sus pensamientos lo aterrorizaron, estaba al borde de las lágrimas cuando, de pronto, apareció frente a su vista un largo retazo de tela con algunos nudos atados, y que llegaban a la cima, esta era sostenida por el extraño nuevo corazón. Sin pensarlo dos veces, se sujetó fuertemente a la cuerda improvisada y escaló con la rapidez que permitían sus fuerzas. Subió aún más veloz al advertir que la tela empezaba a arder por culpa del fuego que emanaba de él. Por fortuna, logró llegar al tope antes de que la sogas se hubiese consumido por completo. Muy feliz y agradecido, el corazón llameante no pudo menos que abrazar a su salvador, un corazón fracturado, que brillaba en un rojo intenso y que miraba con cierta tristeza la tela quemada. Este recobró el ánimo al sentir el cálido estrujón. Solo el estampido que produjo la ruptura total de la piedra bajo de ellos interrumpió el afectuoso saludo, y los hizo salir del lugar, sin que antes el corazón fulguroso tomara algunos pedazos de lo que parecían partes suyas. Sin dejarlos tomar un respiro, el peñasco empezó a fisurarse por efecto del desfiladero desprendido.

Sin planear nada, huyeron despavoridos, el corazón fulguroso cargando con dificultad sus pedazos, mientras el de atrás le seguía el paso. Tras ellos, el camino iba desmoronándose por completo, tratando ávidamente de devorarlos sin piedad.

El corazón fulguroso, ya conociendo el camino, y la caída del primer tramo, se detuvo súbitamente antes de llegar a la brecha; sin embargo, el corazón llameante, sin saberlo, no pudo frenar a tiempo y dio contra su compañero, ambos perdieron el control, pero el corazón fulguroso pudo mantenerse de pie; el corazón llameante no sufrió la misma suerte, el suelo que pisaba se abrió bajo sus pies y este no pudo impedir su caída. Sus latidos se detuvieron y su fuego se apagó.

En una rápida maniobra, una mano lo sujetó, mientras vio a su lado, iluminados por la luz del fuego y la lava, los fragmentos del corazón, aquellos que quien lo salvó había estado resguardando con tanto celo, cayendo uno tras otro, y destruyéndose en el foso. Miró arriba al corazón fulguroso, con lágrimas en sus ojos, y un rostro de esfuerzo al extender su otra mano, tomando la suya. Volvió a la vida, el terror hizo que apretara fuertemente con sus dos manos las de su ayudante. Dobló las rodillas, y pudo apoyar sus pequeños pies sobre la roca, mientras su compañero lo levantaba. Ambos se encontraban juntos en el pequeñísimo pedazo de montaña. Sin tiempo para nuevos agradecimientos, el corazón, cuyo fulgor yacía ligeramente apagado, saltó primero, dando, de esa forma, instrucciones al llameante de cómo atravesar la hendidura.

Ambos bajaron de la montaña sin mucha interacción. Cuando llegaron al suelo, el corazón fulguroso miró tristemente al cielo, viendo como la luna se dirigía al horizonte, para luego ocultarse durante el día. Una cálida mano tocó su dorso. Lo miró, el corazón llameante lo invitaba a acompañarlo. Sin mucho ánimo, este obedeció. Caminaron, sin mirarse al principio, solo oyendo las pulsaciones uno del otro. El corazón fulguroso lo miró de reojo, para, de inmediato, volver a mirar al frente. El corazón de fuego hacía lo mismo.

Caminaron, hasta llegar al lugar donde se encontraban los varios cuerpos petrificados. El corazón luminoso miró extrañado al llameante. Estar allí lo incomodaba. El corazón llameante ignoró la inquisitiva de su compañero, miró entre las varias estatuas, y pareció elegir una en especial. Se dirigió corriendo a ella, mientras el corazón fulguroso solo lo seguía con pasos lentos, siempre con una mirada de asombro. El corazón llameante subió ágilmente sobre unos montones de piedra, saltó al brazo extendido del pilar de piedra y entró al hueco entre su pecho. Era el cuerpo de un joven hombre, cuyo rostro expresaba tristeza, sentimiento que el corazón fulguroso compartía en ese momento, al recordar su antiguo hogar, su antiguo hospedante, la felicidad que había perdido, la incapacidad de revertir el daño y los pedazos a los que se había aferrado y que ahora estaban destruidos por siempre.

Lo siguió sin resistencia y logró escalar el cuerpo con cierta dificultad, admirando la destreza de su intrépido compañero. Consiguió entrar a la apertura. El lugar era diferente a su fría cueva, esta se llenaba del calor del corazón de fuego y se iluminaba totalmente. El corazón fulguroso se acercó al corazón llameante, este lo miró con una sonrisa, se acercó a él tímidamente, y se hundieron en un abrazo. Repentinamente, el llameante unió sus manos, y las apoyó en las heridas abiertas del corazón adolorido, concentrándose en ellas, un asfixiante calor lo invadió, pero solo durante unos segundos. Luego solo sintió tranquilidad y, al mirar sus heridas, estas se hallaban cerradas por completo. El llameante las había suturado con su calor. El fulguroso logró entender el poder que este corazón cálido tendría. La luz y el fuego volvieron a fusionarse en otro abrazo. Desde afuera, bajo la naciente luz de la aurora, se observaban chispas y destellos desde el pecho de la columna petrificada, que de pronto tomó un color más claro a medida que los rayos del sol lo agasajaban. Sus brazos, que habían permanecido inmóviles por un largo periodo, cayeron hacia los costados, sus ojos volvieron a ver y sus piernas retomaron el andar.

Los corazones entendieron que la unión de ambos era suficiente para volver a los humanos a su estado normal de nuevo. Estos salieron del refugio, e indicaron al recién reformado hombre el camino que debía tomar, este obedeció.

El renovado hombre caminó hasta donde todo había empezado, donde yacía solitaria una estatua de rostro inexpresivo. El hombre ya revivido, se acercó a él y apoyó su pecho al de la estatua. Desde ese espacio, el corazón fulguroso saltó al hueco de su humano, mientras el llameante permanecía en el suyo. Se volvieron a dar un gran abrazo, al igual que el hombre abrazó al pilar rocoso. La luz y el calor volvieron a aparecer, haciendo que el hombre que alguna vez fue roca, volviera a sentir su corazón latir dentro de sí.

Los corazones se miraron con sonrisas cómplices, viendo como los rostros de ambos jóvenes se reconocían por primera vez. Empezaron a latir con rapidez, llenando de fulgor el cuerpo de ambos.

El Advenimiento de Apolión

Enrique G. Machuca

Era el 21 de enero de 2074, el cura Santa Cruz, después de un día atrafagado, se disponía a rezar las completas en la soledad de la casa parroquial, de rodillas cantaba el *Te lucis ante terminum*; el claro de luna invadía su habitación, esta claridad que venía del patio provocaba una sombra azulada que contrastaba con el cálido fulgor de los cirios que ceremonialmente el sacerdote apagaba una a una mientras terminaba la antífona final a la Virgen, como si fuese el oficio de tinieblas de la Semana Santa. A duras penas el cura consiguió terminar sus oraciones con la atención debida, sentía la mente muy cansada por los trabajos clandestinos de la parroquia, era un párroco del campo en tiempos difíciles, tenía el doble de trabajo que cualquiera; la censura al culto era estricta desde la proclamación de la constitución mundial el primer mes del año 2070, por lo cual las actividades parroquiales se redujeron considerablemente; sin embargo, en la campiña donde se encontraba el cura Santa Cruz, los controles eran escasos y aunque no le permitieran celebrar la Santa Misa en público, aún podía recorrer las callejas del pueblo llevando el Santísimo Sacramento en una píxide improvisada para dar la comunión a los feligreses. Todos los días el cura arreaba los caballos bajo el ardiente sol de las calcinadas tardes del campo



paraguayo; cuando llegaba a la parroquia, el cielo azul grisáceo con pequeños tonos rosas ya anunciaba el final del día, su cansancio era descanso para el alma cansada y saciedad para la atribulada.

Himno de las completas, esta es una oración litúrgica cantada en la noche, antes de dormir, recibe este nombre porque se reza al completarse el día. El himno reza lo siguiente: *«Antes de que la luz llegue a su término, te pedimos, Creador de toda cosa, que con el bien de tu habitual clemencia nos prestes tu asistencia y tu custodia.»*

Para descansar, esa noche, el cura tomó un libro de su biblioteca personal, uno rojo escarlata de buen grosor, tratábase de una biografía de Vladímir Uliánov, conocido como Lenin,

el sanguinario caudillo de la revolución comunista; en él se relatava minuciosamente la persecución a los cristianos de la Unión Soviética y el martirio de la familia imperial de los Romanov, quienes fueron asesinados a tiros, bayoneteados y apaleados por las tropas bolcheviques; detallaba cómo sus cuerpos fueron llevados al bosque Koptiyaki, donde fueron desnudados y mutilados. Narraba los crímenes horrendos cometidos por Lenin, y cómo, por su vida viciosa y promiscua terminó muriendo de sífilis.

-Reikoháicha remano – dijo entre suspiros el cura.

No pudo dejar de prestar atención en un detalle que le pareció curioso, Lenin murió el 21 de enero de 1924, se cumplían ciento cincuenta años de su muerte.

El clérigo se santiguó e inmediatamente durmió. La cama dura y la almohada de paja que utilizaba para hacer penitencia debieron parecerle muy placenteras después del largo día de trabajo.

No habían pasado tres horas cuando un olor fétido, desagradable y nauseabundo llegó a sus narices y lo despertó, un olor a azufre, huevo podrido y carne descompuesta. El cura sentose en su lecho como si oliese el destino, temeroso, adivinando de qué podría tratarse aquellos insufribles olores; miró hacia la esquina del cuarto y pudo observar una silueta antropomórfica, sombría, parecía

encorvada como si apenas pudiera mantenerse en pie, como alguien que carga mucho peso.

No podía verle el rostro, no había luz suficiente en el cuarto para hacerlo, el claro de luna apenas le permitía adivinar su silueta y no tenía consigo nada que le permitiese encender los cirios que se encontraban en el mueble junto a la cama. Sus ojos lo siguieron cuando intentó incorporarse, se volteó y fue entonces cuando pudo ver parte del rostro del ente, sus largos cabellos le cubrían la mayor parte de su pálido rostro, aunque podía adivinarse unos ojos brillantes y penetrantes. El cura hubiera podido jurar que el mismo era un híbrido de pantera y hombre. Esos ojos lo siguieron cuando el clérigo se puso en pie y un intenso hormigueo recorrió su cuerpo desde la cabeza hasta el escroto, los cabellos se le quedaron de puntas cuando sus ojos se encontraron con los de ese horrendo ser que preludiaba la muerte con solo mirarlo. En la oscuridad entonces se oyó un lamento profundo y agudo como un suspiro de dolor, un gemido escalofriante...

-En el Nombre de Dios, respóndeme, ¿quién eres y qué quieres? – le demandó el sacerdote mientras se disponía a santiguarse.

- Líbrate de santiguarte porque me harás regresar al lugar de donde vengo
- le respondió el rumor de una putrefacta voz - soy aquel cuyo hermano fue asesinado por el tirano ruso, aquel que luchó contra la tiranía del hombre y de Dios, tomando como enemigo a la Religión. Condené por mentirosa la Redención del Nazareno y, sin embargo, prediqué la redención terrenal con el advenimiento del proletariado a través de la revolución. Soy el infeliz cuya vida leíste en ese libro.

- *Ñandejára* Jesucristo!

Se oyó, entonces, un tenebroso crujido de rodillas y se vio el siniestro bulto postrarse de hinojos sobre las baldosas de terracota de la habitación.

- ¡Ay! - Se lamentó Lenin con profundo sufrimiento - ¿Por qué lo invocaste? Esta es mi mayor tortura, confesarlo como Dios. ¡No sabes el suplicio que es arrodillarme cada vez que es nombrado!

- Ante el nombre de Dios - murmuró el cura, citando las Escrituras - toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos.

- Así es, en el cielo lo adoran los santos por voluntad propia, sin embargo, aún en los abismos infernales, los demonios y las almas condenadas tiemblan ante su nombre y confiesan su señorío como castigo por negarlo antes.

- ¿Sufres, tú, cada vez que oyes su nombre?

- Terriblemente, y mis heridas me hacen padecer el doble de dolor.

El padre Santa Cruz vio, entonces, varias heridas en su cuerpo, en carne viva, redondeadas, casi ovaladas; de algunas surgían formas aún difusas de hematomas que se iban concretando poco a poco alrededor de lo que parecían ser marcas en forma de uve, otras heridas parecían quemaduras o llagas supuradas, cuyo pus blanquecino se mezclaba con la sangre. Percibió que el olor a carroña invadía la habitación, el dulce olor nauseabundo que sentía siempre cuando iba a la morgue en sus años de estudiante de medicina antes del seminario. Observando esas repugnantes lesiones, se atrevió a preguntar:

- ¿Qué heridas son esas que parecen cubrirte por completo y que tan mal aspecto tienen?

- Te lo diré brevemente, siervo del Nazareno, ya que tanto quieres saberlo. Esta es la mísera existencia que llevamos las almas que, en la vida terrenal, desplegamos nuestra ira en contra de nuestro prójimo; en la eternidad estamos condenados a golpearnos y arrancarnos pedazos de carne con los dientes. En mi vida terrenal maté y torturé a millones de compatriotas porque no estaban de acuerdo con mis ideologías,

razón por la cual sufro este castigo.

- Eso explica las marcas de dientes, pero ¿qué causan esas quemaduras?

- Quienes negábamos en vida la inmortalidad del alma sufrimos como castigo el estar en sepulcros abiertos ardiendo en llamas. En mi vida he afirmado que todo cuanto existe se reduce a la materia, que solamente lo percibido por los sentidos es real, por lo que negué la existencia de Dios y del alma inmortal humana. Mi castigo es quemarme en un sepulcro y mi alma sufre, sin corromperse, la flama del averno.

- ¡Grande es la venganza divina! ¿No te arrepientes de tu vida en la tierra? - preguntó el cura con suma curiosidad.

- ¡Para nada! - contestole la aparición - Arrepentirse después de la muerte le resulta imposible a las almas. Dios permite al alma arrepentirse hasta el último momento postrero en el que aún sigue unida a su cuerpo mortal; pero yo insistí en mi error inclusive en mi agonía.

- ¡Miserable!

- ¡Lo soy! ¡Pero, yo elegí estar en pie antes que arrodillarme delante de un Dios indiferente a los males del mundo, que desoye las necesidades del hombre pobre y hambriento!

- Dios permite el mal únicamente por respeto a la libertad que le dio al hombre y porque es lo

suficientemente sabio para sacar bienes de esos males. El mayor bien del mundo, la salvación del género humano, vino de la muerte de su hijo.

- Entonces desprecia a los sufren en manos de sus opresores, aunque sea su mismo Hijo.

- «Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados» dice el Evangelio. El sufrimiento lejos de ser señal de desprecio divino, lo es de predilección, encabezando la lista de siervos sufrientes el mismo Hijo de Dios, porque la tribulación prueba al justo, y al pecador lo purifica de sus iniquidades.

- Aun así escogería no arrodillarme.

- Sin embargo, solamente hace un par de minutos atrás, te postrabas al oír el nombre de Jesucristo, y ante el mismo doblarás las rodillas hasta el fin de los tiempos y por toda la eternidad.

Nuevamente se oyó al infeliz ponerse de rodillas, pero esta vez su rostro no indicaba dolor... La luna atisbó por la ventana del cura como el blanco ojo rasgado de un muerto. Los ojos incandescentes del Lenin reflejaron macabramente la luz lunar; eran unos ojos enloquecidos que parecían reír, ojos que prometían caos, muerte y gritos de sufrimiento..

Al cura le pareció ver una pequeña, pero sombría sonrisa en su tétrico rostro.

- Se divisa la aurora de esos tiempos, el fin de los tiempos... pero antes habrá venido el Anticristo y el Nazareno será vencido – dijo con diabólica excitación.

- Esa victoria será temporal, así lo dice nuestra fe – respondió el cura – porque también nos prometió que estaría con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Y agregó:

- ¿Está tan cerca el reinado del Anticristo?

- Cuando la flor del coco florezca al inicio de la primavera, y no en el advenimiento de diciembre como suele hacerlo, entonces sabrás que el final está cerca.

- Pero... ¿Por qué la flor de coco?

- No es solamente la flor de coco, son varias las señales, pero esta será una señal particular para los paraguayos. El Anticristo es una copia blasfema del Nazareno, y así como la flor del coco anuncia el nacimiento del mismo, que se hace llamar Rey de reyes, así, la misma flor anunciará el advenimiento del rey de reyes blasfemo.

- ¿Esto tardará mucho?

- Tú vivirás para verlo. La reforma protestante fue la inauguración del reino del Anticristo,

de la negación de la fe cristiana, de la ruina del orden cristiano, de la subversión de la autoridad de la Iglesia de Dios. La segunda gran preparación para su ascenso como rey fue la Revolución Francesa que eliminó la cristiandad y el reinado del Nazareno en la sociedad y, desde ese día hasta hoy, los principios de la turbulencia y la apostasía han azotado y atormentado a los reinos. La última gran revolución para el reinado del Anticristo la encabecé yo, la revolución comunista, en ella eliminamos la creencia en Dios y el alma humana.

- ¿Será entonces el Anticristo otra revolución anticristiana peor que estas anteriores?

- Esa respuesta tú la tienes.

- Es tradición universal en la Iglesia que el Anticristo será un hombre individual, no un poder ni un mero espíritu ético o sistema político.

- Así es, una vez destruido el Imperio Romano, diez reyes o príncipes se dividieron entre ellos el territorio romano, es decir el mundo cristianizado por el catolicismo romano, y surgirá un undécimo pequeño rey, quien prevalecerá sobre tres de los diez. Luego recibirá la sumisión de los otros siete.

- ¿Es el cumplimiento de esto la división del occidente en diez

grandes provincias luego de la proclamación de la Constitución Mundial?

- Ciertamente.

- ¿Y el Anticristo reinará sobre estas naciones?

- Tendrá dos tronos: Uno en Roma y otro en Jerusalén.

- ¿Roma? ¿Acaso será un Papa?

- No. Pero como imitación blasfema del Nazareno tendrá a un antipapa como profeta.

- ¿Cómo, pues, reinará desde Roma si allí no hay rey?

- El Imperio Romano será restaurado y se completará la onceava corona.

- El undécimo rey...

- Así es. Y el jinete bayo, el negro y el rojo volverán a pasar, aunque no lo parezca.

- ¿Ya lo han hecho?

- ¿No te has dado cuenta? Las señales están ante tus ojos y, sin embargo, no las ves. El regreso de los tres está más próximo de lo que piensas.

- ¡Muerte, Hambre y Guerra! ¡Las incontables muertes provocadas por la tercera guerra mundial! ¡Los decesos de las guerras civiles causadas por la nueva constitución! ¡El hambre provocada por la crisis económica y las guerras!

- Los tres jinetes volverán – dijo nuevamente la sombra encorvada – aunque la mayoría creará que, en el mundo, el hambre y la guerra han acabado. El Corruptor, el vencedor del Nazareno, será llamado «Príncipe de la paz.»

- ¡Dios nos valga! ¿Después de esto nacerá el Anticristo?

- Ya ha nacido. Nació el 11 de octubre de 2062, su padre es un apóstata de origen hebreo y lo engendró de forma blasfema... Y tú, cura, recibirás dos señales de la veracidad de mis palabras antes del despuntar la aurora...

De pronto se oyeron relinchos y galopes, el cura no pudo evitar mirar a través de la ventana para averiguar de qué se trataba, sin embargo, no logró distinguir mucho de lo que había afuera de la casa parroquial; era de madrugada y aunque la luna estaba clara, una densa niebla impedía la visión de las verdes praderas que rodeaban al pueblito.

Quería seguir con su interrogatorio al mensajero del más allá, pero al voltearse ya no lo encontró. ¿Habrá sido todo esto una ilusión suya? ¿Tal vez un sueño demasiado real?

- ¡Qué locura! – dijo, mientras abría la puerta.

Al abrirla pudo observar, gracias a la luz que ingresaba al cuarto desde el pasillo, dos marcas arredondeadas que se hundían en la baldosa, ennegrecidas como si se hubiese quemado algo en ellas. Encendió las luces y se acercó observando curiosamente lo que le parecía algo nuevo en el piso de su habitación, pudo ver claramente que había algo en ellas, metió el dedo y comprobó que se trataba de una sustancia viscosa con muchos grumos. Era mezcla de sangre y ceniza... Entonces sí pudo santiguarse sin el miedo de espantar revelaciones. Era una de las señales de las que le habló el espectro.

El cura quedó quieto por unos instantes, asimilando todo lo que había sucedido y pensando en el posible significado de la segunda señal que le prometió Lenin. No tardaría mucho para averiguarlo; los relinchos y galopes ya se oían más cercanos...

Los vaqueros avanzaban presurosos rumbo a la parroquia y, con rebenques arreaban a los caballos para que se echasen a andar más deprisa. Vestían camisas de *ao po'i* y bombachas de pernera anchas y tableadas, aquellas típicas del gaucho campero, y a la cintura las sujetaba con un cinturón. El viento del prado soplaba contra sus rostros mientras miraban en el horizonte e campanario de la Iglesia de Santiago, era lo único que la densa niebla de esa madrugada no había podido cubrir. El semblante de ambos jinetes era impasible, parecía que nada

más podría alterarlos o causarles algún dolor; sus rasgos faciales expresaban fortaleza, estaba claro que eran hombres valientes, fuertes, acostumbrados al trabajo y a las penurias de la vida campesina; sin embargo, también era obvio que aquello que les motivaba a cabalgar a tal velocidad no era algo bueno.

El silencio reinaba en el pueblito de Santiago, nada se oía con excepción de los grillos y búhos que abundaban en la zona o el canto eventual de algún gallo. No obstante, ese silencio de muerte sería destronado por los jóvenes que llegaron montados en sus rocines, las puertas dobles de madera de la casa parroquial retumbaron con los golpes de los mismos. El cura no pudo volver a acostarse, los golpes de la entrada resonaban en toda la casa y fue a atenderlos.

- *Pa'i*, no tengo mucho tiempo para explicarte, agarrá las hostias consagradas y escapá al bosque, nosotros nos encargaremos de avisar a los que viven en el pueblito – dijo uno de los jinetes antes de que el padre pudiese esbozar un saludo.

- ¿Pero qué es lo que está pasando, *Taní*? – preguntó el cura espantado.

- Venimos huyendo de la ciudad vecina, *pa'i*. Los funcionarios del

Ministerio de Protección Mundial fueron designados para fiscalizar el cumplimiento de las recientes prohibiciones de la Nueva Normalidad que rige en el orden actual de las provincias de los Estados Unidos de Sudamérica, las prácticas religiosas están prohibidas por atentar contra la paz del nuevo orden establecido, y el que sigue abiertamente nuestra sagrada religión es castigado... Muchos muertos y encarcelados en la ciudad vecina, y todas las iglesias quemadas...

- ¡Dios nos proteja!

Mientras el cura iba por su breviario y las sagradas formas, Estanislao y su compañero hicieron repicar las campanas para despertar a los vecinos de la parroquia. El toque de arrebato invadió los hogares santiagueños, las tres campanas de la parroquia resonaron todas a la vez, a buen ritmo y sin parar durante aproximadamente diez minutos, hasta que todos los habitantes acudieran al lugar; un número considerable de ellos seguían las callejuelas en que se arremolinaban las últimas casas del pueblo y que desembocaban en la plazoleta que se encontraba frente a la parroquia de Santiago Apóstol.

La plaza estaba rodeada de casas sencillas de estilo colonial, era una plaza amplia, con cuatro faroles altos en cada esquina y que hacían el papel de alumbrado público, en el centro se erguía una estatua del apóstol Santiago. El cura Santa Cruz, ubicándose al margen izquierdo de la plaza, donde

había una pequeña tarima, inmediatamente explicó a los feligreses la situación.

- El nuevo gobierno, luego de proclamar una nueva constitución atea y anticatólica, viene, como siervo del demonio, a asegurarse de que su iniquidad es acatada y cumplida. Quiere destruir nuestro amor a Dios y a la patria de nuestros padres. Una tras otra, los dirigentes de este impío gobierno, cerraron las parroquias donde se adoraba al verdadero Dios, persiguieron a los sacerdotes que no juraron la Constitución y castigaron a los fieles con multas y encarcelamientos bajo el pretexto de protegernos. Vinieron, midieron sus fuerzas para saber si podrían controlarnos, y ahora regresan con el doble de empeño para poder dominar nuestras voluntades y desviarlas de lo que realmente es importante. Escapar no es cobardía, sin embargo, necesitamos un grupo de voluntarios que luche contra el enemigo para distraerlos mientras nos retiramos del pueblo con las Sagradas Formas, las mujeres y los niños... ¡*Ou aipo añamemynguéra, ndojokoirō ñande jyva mbaretéva, ogueraha haġuã pene rembireko ha pende rajykuéra! ¡Ou hikuái omuñávo kurusu ha Ñandejára! ¡Hákatu oïmehápe kuimba'e jeroviaha oïva, Mísa ha Ñandejára amotare'ý oguevita!*

¡Ava, vale Ava, pehendu! ¡Pepu'áke ha ñarorairō ñande ypykuéraicha Ñandejárare ha ñande ogayguávare!

El discurso terminó y las mujeres se dirigían a preparar las provisiones para la huida, el cura besó y colocó la estola morada sobre su escápula. Al ver esto, todos los hombres, tanto mayores como jóvenes, se hincaron de rodillas en aquella vieja plazoleta, algunos miraban a la nada, pensativos, previendo quizá la tragedia que se acercaba; otros miraban el cielo en actitud suplicante, tal vez rogando a Dios piedad y que sus familiares pudiesen huir con seguridad; otros miraban el suelo, compungidos, sometándose a la voluntad de Dios.

- (...) *Et ego absolvo a peccatis vestris in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti* – dijo el cura mientras les daba la absolución general trazando una señal de la cruz en el aire. Todos se santiguaron al mismo tiempo y al unísono dijeron amén.

Los hombres se dirigieron, entonces, a las casuchas para tomar cualquier cosa que pudiesen usar como armas: machetes, arados, palas, algunos pocos tenían fusiles. Las mujeres, por su parte ya avanzaban en caravanas ingresando a los bosques que rodeaban el pueblito. En el horizonte se observaba los enemigos acercándose, portaban banderines con los símbolos del nuevo gobierno.

Al llegar al local, las callejas de Santiago parecían estar vacías,

el sonido del silencio invadía cada rincón de la villa, el suave y furtivo susurro del viento hacía que los árboles se moviesen y bailasen al son del chillido veraniego de la brisa. Y mientras registraban los callejones estrechos de la misma, un grito rompió el silencio y luego otro... Unos seres encapuchados arrojaban, con indecible brío, agua hirviendo desde los balcones de las viejas casas de la colonia.

- ¡Ay juepucha ! – gritaron de dolor los uniformados.

Los soldados del ministerio habían sido tomados por sorpresa. Una horda de campesinos avanzaba sobre ellos, el silencio había sido trocado por los gritos, el sonido chisporroteante del agua hirviendo en contacto con la piel y el chapoteo de cada lanza lacerando la carne... *Taní* y sus acompañantes aprovecharon la distracción para avanzar sobre ellos; embestían con ferocidad sus lanzas, machetes, arados y palas contra los enemigos.

Ardua fue la lucha, y con doble estupor caían los enemigos al acercarse la aurora, muchos fueron los que sucumbieron bajo los machetes y fusiles, sin embargo, las armas modernas de los soldados del Ministerio no se comparaban a los anticuados armamentos de los campesinos. Uno a uno fueron cayendo los voluntarios que acompañaron a *Taní*, hasta que ningún valiente quedó vivo

Al pasar entre los cuerpos y verificarlos, los soldados miraban con espanto cómo muchos de esos guerreros encapuchados eran mujeres vestidas de hombres que habían decidido quedarse escondidas para luchar con sus maridos e hijos.

Entretanto, el cura Santa Cruz, custodiando las sagradas formas, caminaba deprisa sobre la hojarasca seca... Mientras el sol iba naciendo a sus espaldas, subía el monte boscoso con los que decidieron escapar del pueblo, hombres ancianos, niños y mujeres. El pueblo, encabezado por el sacerdote, entonaba un canto lastimero y triste, en procesión de dolores y lágrimas...

Detrás de la procesión podía verse el pueblito de Santiago y la espesa humareda que subía de ella, los soldados del ministerio habían quemado todo rastro de civilización, el fuego devoraba el pueblo y las llamas subían aún más avivadas por el viento. Los prófugos caminaban sin mirar atrás, para no desesperarse ni maldecir a Dios... El cura ya no dudaba de la visita que tuvo esa noche, al fin comprendió el significado de la segunda señal, y pensaba atentamente en estas palabras del Apocalipsis: «Del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra... Tenían colas como de escorpiones, y también agujijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres. Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.»

El hombre y la margarita

Carlos Rubén Acuña Morel

La rutina del hombre siempre era la misma. Despierta, se estira, se sienta, habla con la margarita, comen, toman el té, le lee poemas hasta tarde y luego se volvía a dormir. Toda esta rutina se volvió costumbre para el hombre.

El hombre despertó ese día, dio gracias a Dios por otro día más de vida en la misma habitación blanca sin ventanas y con una puerta. La misma mesa se encontraba en el lugar de siempre que es en medio de la habitación justo en frente de su cama y del otro lado la puerta. Era un pequeño espacio para poder movimentarse y poder hacer los ejercicios recomendados. En una esquina de la pared se encontraba un pequeño baño y del otro lado estaba su tesoro máspreciado. El librero. Este contenía solo tres libros, los cuales el hombre leía cada día y avanzaba siempre en la lectura repetitiva de hace varios días. El hombre ya había perdido la cuenta de los días que está viviendo dentro de ese comprimido cubículo. La cantidad de libros siempre era una queja para el hombre, se quejaba con el funcionario cada vez que entraba en el cuarto cuando dejaba la comida y luego se retiraba. Aunque el funcionario no daba oídos a las quejas de este.

Entre los libros se encontraban los siguientes títulos:



- “*Normas de etiqueta para la mesa*” de Norman Castro.
- “*Carbones encendidos*” de Federico P. Franco.
- Y “*La colección de poemas*” de Manila Larzán.

El hombre escoge el libro “*Normas de etiqueta para la mesa*”, un volumen que se podría considerar bastante viejo por la pinta que presentaba; con hojas de color amarillento y un olor a ranciedad agradable, con letras voluminosas en la portada y tapa dura forrada con tela gruesa. Cuando se sienta en la silla y se acerca más a la mesa, levanta la vista para ver a su cómplice. La margarita. Plantada en una pequeña maceta de color marrón pálido se encontraba ella, ya le salían hojas nuevas pues las de la temporada anterior ya se les

habían marchitado, las nuevas tienen un color verde más fuerte que el de su propio tallo y en la copa de este estaba la flor más bella que el hombre haya visto alguna vez, contenía los mismos doce pétalos blancos de siempre y en el centro el color amarillo del sol que el hombre anhelaba con algún día volver a ver. Su margarita era única en los colores. Se quedaba la mayor parte del tiempo observándola. La saludó diciéndole buenos días, aunque muchas veces no se daba cuenta del tiempo, no sabía si afuera era de noche o de día pero para él siempre era de mañana justo después de despertar de los sueños. Le preguntó qué tal había dormido y le contestó el mismo silencio de siempre, aunque el hombre sabe que la margarita siempre amanecerá de buen humor. El hombre contó que había soñado de nuevo con el final del libro *Carbones encendidos* ya que era el último libro que leyó el día anterior, la quinta vez que lo terminaba se dijo en mente. La margarita aconsejó con otro silencio y el hombre interpretó que debía minimizar las tazas de té de la tarde.

Pasado unas horas de haber leído en voz alta “*Normas de etiqueta para la mesa*”, el hombre escuchó entrar al funcionario, no había levantado la vista de su lectura porque le interrumpiría el proseguimiento del texto *Cómo masticar la comida en una cena empresarial* y quería que la margarita prestará atención pues iban a debatirlo después antes de dormirse.

El funcionario simplemente dejó la bandeja con comida en la mesa entre ambos anfitriones y se retiró con el silencio sepulcral de siempre. Cuando el hombre terminó de leer el capítulo de *Los requisitos de conversación*, la comida ya se había enfriado. Era el mismo plato de siempre: una carne asada con una porción de arroz y pan. La carne ya venía cortada en pequeños trozos para que el hombre las pueda digerir fácilmente. El funcionario siempre proporcionaba una cuchara aunque la regla de etiqueta dicta que se deberían usar todos los cubiertos de la mesa para la comida. El hombre siempre presentaba esa queja también, aunque esta vez se vio envuelto en su lectura matinal. Masticaba lento y en silencio para que la margarita no le reprochará, pues en unos de sus silencios había sentido que la margarita transmitía ese mensaje, instándolo para que masticará sin hacer tanto ruido.

Cuando acabó de comer, se retiró y quedose parado en frente de la cama de espaldas a la mesa y la margarita. Esa posición decía al funcionario que ya podría retirar la bandeja vacía. Cuando se volteó la bandeja ya no estaba. Faltaba algunas horas más para el té. Así que comenzó su siguiente rutina, dio vueltas alrededor de la mesa, mientras seguía hablándole sobre

temas mundanos a la margarita que contestaba siempre con el silencio de consejero. Caminaba en ese eterno vaivén que siempre lo hacía terminar en la cama para dormir su siesta de una hora. Aunque no tuviera un reloj, el libro de *Normas de etiqueta para la mesa* aconsejaba que los anfitriones deberían contar los minutos de forma mental. Aunque a veces el hombre perdía la noción del tiempo con los constantes mareos que le causaba ese ejercicio. Cuando se sentó en el borde de la cama observó el mismo panorama de siempre y se dio cuenta que todo estaba en el mismo lugar de siempre. La margarita en la mesa, el baño en la esquina, la puerta, el librero y los cuatro libros. ¿Cuatro libros? El hombre parpadeo muchas veces, para despejar el mareo y se dirigió a la librero, leyó los títulos y había un libro nuevo. Se sintió tan feliz que el funcionario al fin haya escuchado sus quejas. El nuevo libro se titulaba *“Cambio climático en América del Sur”* de Helena Marcial. Era un tomo ligero y que no pasaba de doscientas páginas pero de igual modo contentó al hombre. Su mareo seguía constante así que se llevó con él el libro a la cama y prometió leerlo a la margarita cuando levantará de la siesta. Margarita también demostró su silencio de entusiasmo por escucharlo leer la obra.

Nota del funcionario: El paciente 47, Leo Martínez muestra lucidez en el pensamiento desde el día once del momento inicio. Sin señales de

esquizofrenia aparente, la lectura diaria lo mantiene ocupado, los medicamentos son consumidos con la comida, y descansa bien. El experimento “margarita” promete dar frutos con pacientes que padecen de esquizofrenia crónica, los mantienen serenos. No puedo omitir el accidente con los objetos de filo, hemos proporcionado solo cucharas para el almuerzo.

El hombre volvió a tener una pesadilla con el final de *Carbones encendidos* aunque este solo haya dormido la siesta creyó que se había dormido mucho más. Preguntó a la margarita si había dormido mucho, la margarita le dijo con el silencio de enfado que sí. El hombre comprendió que margarita tenía curiosidad por el nuevo volumen entregado por el funcionario. Así que cuando el hombre estaba a punto de levantarse, el funcionario entró con la bandeja del té. El hombre agradeció por el nuevo libro y el funcionario con su silencio de siempre, asintió. El té era una infusión de canela con manzanilla endulzado con miel. Margarita se balanceaba de felicidad cada vez que ambos la probaban. El hombre regaba a margarita con un poco de ese té. Cuando empezaron a leer el nuevo libro, el hombre logró comprender la diferencia entre huracanes y tifones. Margarita le seguía el paso en comprensión.

Hablaron sobre la lluvia y los arcoíris y como estos eran un efecto de la descomposición de la luz, pues de algo así hablaba el capítulo de *“Tormentas en el sur de Chile”*. Cuando debatían sobre el capítulo de *“Densidad de niebla en la Cordillera de los Andes”* encontraron una información extra sobre esta.

El Hombre leyó en voz alta: *“En efecto, en el mundo las neblinas se estudian como agente de riesgo de contaminación: neblinas ácidas y smog. También se estudian como causa de accidentes de transportes, tanto aéreo, terrestre o marítimo; por esta razón en los estudios de localización de terminales de aviones o carreteras, o en el emplazamiento de puertos marítimos, lacustres y fluviales, la presencia de nieblas también es considerada en forma especial”*

En el libro mostraba una foto de accidentes de aviones provocados por las intensas neblinas de la mencionada cordillera. La margarita mostró su silencio de sorpresa ante tal dato, pues ella sabía que otras flores del lugar habían presenciado ese tipo de accidentes aéreos como también los de carretera. Cuando el hombre terminó de leer el capítulo sobre *“Las lloviznas de mayo”* el funcionario ya entraba para retirar la bandeja del té. Cuando este se retiró, el hombre cerró el libro con fuerza y fue hasta el estante para comenzar su rutina de poema con *“La colección de poemas”* que por cierto, le encantaban a margarita.

Hojeo el pequeño poemario hasta llegar al poema favorito de margarita:

“Margaritas y jazmines son el dulce olor que emanás,

Que a cada hombre que lo respira loco lo dejás de ganas,

Pues de estas flores sus esencias son la que más amas,

Y la locura de siempre vivas es cuando te enamoras”

Margarita suspiraba con amor silenciado cuando escucha recitar al hombre. Y el hombre probaba una dosis de inexistente amor dentro de sus entrañas. Siguió los poemas durante algunas horas, el hombre salta de poema a poema, y repetía muchas veces los mismos poemas, pues causaba a margarita una embriaguez de versos bonitos. Cuando ya el hombre quedó sin voz. El funcionario entró al recinto con la cena y un vaso con agua. El hombre no espero, se levantó y bebió el agua del vaso de manera muy precipitada, margarita lo reprochó con silencio. El funcionario dejó la bandeja con la cena y se retiró.

La cena consistía en un pastel de chocolate con el agua que el hombre se acaba de beber toda,

devoró el pastel también casi al instante. Sin siquiera notar el sabor, margarita lo reprochó nuevamente en silencio, pues estos comportamientos no son los que se enseñan en el libro de etiquetas. El hombre sintió que el estómago se le revolvía y fue al baño a la esquina hablando a margarita mientras esta solo lo ignoraba silenciosamente. Una vez pasada toda la escena, el hombre volvió a la mesa, suspiro hondamente y un mareo invadió su mente. Se despidió de margarita, porque el mareo estaba provocándole sueño.

Intentó llegar en la cama, pero cayó al suelo antes de llegar. Se acurrucó como un ovillo y el sueño lo tomó desprevenido.

Nota de funcionario: el paciente 47, Leo Martínez, está siendo sometido a diversas pruebas con el nuevo medicamento. Consiste en una dosis de una nueva droga denominada Zaprolartan, la nueva droga busca tratar la psicosis que los pacientes sufren por el desgaste mental sufrido por factores anteriores. Los efectos secundarios son la fatiga, la somnolencia y ligeras jaquecas mentales. El sujeto será retirado del proyecto "margarita" para probar la reacción en el ambiente con el nuevo medicamento.

El hombre despertó de golpe, como empujado a la realidad, soltó varios gritos y el final de *Carbones encendidos* apareció nuevamente en su mente.

Cuando su momento de drama pasó. Observó con detenimiento todo a sus alrededor y percibió que la margarita ya no se encontraba en el silencioso recinto.

Susurros

Deisy Mujica Villasanti

A veces guardar silencio no siempre es la mejor respuesta y Luz lo aprendió de la peor manera.

Luz siempre veía a su hermana mayor solitaria, como si fuera la tristeza encarnada, siempre distante y fría, como si la vida estuviera abandonando su cuerpo poco a poco. Ella siempre quiso ir y decirle lo que sentía como su hermana menor, pero Iz no se lo permitía, cada vez que notaba que se le acercaba ella se alejaba como si tratara de huir de todos los que la rodeaban.

Ella veía como su hermana se encerraba en su habitación, con las ventanas cerradas todo el tiempo, su rostro había perdido el poco color que tenía, ahora era como mirar a un fantasma.

-Mba'é ojehu chupe? - le preguntaba siempre a su madre tratando de encontrar una respuesta al comportamiento de su hermana.

- Epena'ỹ hese-- era siempre la respuesta que le daban.

Era cierto que su hermana no parecía encajar en esa familia, incluso ella se sentía así a veces. Tenían a unos padres que parecían preocuparse más por el dinero que por sus hijos, quizá era esa la razón por la cual su hermana era tan distante.



Quizá lo que Iz quería era que sus padres le prestaran más atención y que le demostraran que la querían... pero eso no pasaría.

Lina y Tino eran unas personas que trabajaban todo el tiempo, llenos de hipocresía, eran personas que cambiaban totalmente de personalidad frente a otros, se hacían ver como unos perfectos padres, dispuestos a dar la vida por sus hijos, pero toda esa farsa terminaba al llegar a casa. Claro, los gritos no se hacían esperar.

-Nderesarái jeýma piko? - era siempre un vaivén de gritos en esa casa, cuentas que se olvidaban, problemas que no se resolvían, hijas que según ellos no aportaban más que molestias.

-Che piko aka'é há'éava ndéve péicha? Nde jeýma ningo resapukái chéve henondepekuéra- un padre más bien sumiso que siempre trataba de agrandar a su

esposa pero que no siempre lograba hacerlo.

-Mba'é oiko? - Luz se giró a ver a su hermana que se había asomado desde atrás al oír los gritos de sus padres.

-Mamá osapukái jeýma papá-pe.

-Mba'ére piko?

-Ndaikuaaporái, - miró a su hermana y sonrió- ekarúma piko? - le preguntó, Iz asintió levemente y se fue de vuelta a su habitación.

Cada día se sentía más cansada, no sabía por qué, tan solo tenía 17 años y no hacía más que ir al colegio y ayudar con los deberes de la casa... casa, era esa la palabra que más le dolía, siempre sentía molestia cada vez que pensaba en ese lugar al que tenía que volver cada día después de clases.

Por más que trataba no lograba alejar esos pensamientos que solo la hacían sentir peor, era como si alguien susurrara en su cabeza, haciéndole ver visiones desagradables, visiones que la hacían querer huir desesperadamente. El colegio no ayudaba en nada a deshacerse de esos pensamientos, no importaba cuán ocupada estuviera su mente, esos susurros nunca se iban. Era como si alguien más habitara en ella, como si un ente desconocido compartiera el mismo cuerpo con ella, pero ese ente era malvado, tenía sed de sangre, era rencoroso y deseaba ver desaparecer a todas esas personas que

la hacían sentir mal, incluyendo a su hermana Luz.

¿Por qué ella? se había preguntado más de una vez. *Luz es la única que se preocupa por mí*, pensaba mientras observaba las oscuras decoraciones de su habitación.

Cuando se miraba al espejo podía ver al ente que la habitaba y no era nadie más que ella misma, una Iz que miraba con odio a la persona parada frente al espejo.

-Ejejukána- le decía esa Iz- avave noñandumo'ái techaga'u nderehe.

Ella se encogía en el piso y se abrazaba a sí misma, no sabía cuánto más iría a soportar una situación como esa, quería correr, huir de esa voz, de esa parte de ella que no la dejaba ser feliz.

¿Por qué tenía que ser tan diferente a su familia?

-Ahase mombyry- decía mientras sollozaba amargamente en su oscura habitación, las luces siempre apagadas y las paredes decoradas con posters de bandas de rock, parecía un culto al diablo. Era eso lo que sus padres siempre le decían.

En su escritorio los libros de fantasía estaban apilados, leer era lo único que la hacía olvidar por momentos a ese misterioso ente

que la habitaba, en susurros se decía que algún día se libraría de él, quizá sería como en uno de esos libros que tanto amaba leer, quizá en realidad ella era una de esas heroínas que empezaban a manifestar un poder angelical y que luego eran reclutadas por los arcángeles para defender al mundo del mal, pero nada de eso era cierto y ella lo sabía, todo eso no era más que pura imaginación, una imaginación que a fuerzas trataba de sacarla de la cruel realidad en la que estaba viviendo.

-Mba'erã piko aju ko arapyépe? - se lamentaba todas las noches antes de caer dormida, cansada de tanto llorar.

A la mañana siguiente como todos los días se preparaba para ir al colegio, un colegio en donde no tenía amigos porque más de uno la había visto hablando sola, un colegio en donde hasta los maestros le temían por sus arranques de furia, una furia que no tenía explicación.

-Ehóta ehecha psicólogo-pe- le dijo un día la directora y ella aceptó. Tal vez lo que necesitaba era decirle a alguien lo que le estaba pasando.

Los días pasaron, al igual los meses y los años. Ahora Iz tenía 19 y Luz 15, ambas seguían estudiando.

Iz iba a la Universidad Nacional del Este, estaba en el segundo año de la carrera de letras, los libros la habían ayudado a escoger esa carrera, seguía yendo al psicólogo y había

aprendido a fingir felicidad. Hablaba tres idiomas ahora, dibujaba y escribía cuentos cortos en su tiempo libre, al fin parecía ser feliz.

Sus padres seguían discutiendo, en ocasiones las discusiones pasaban a fuertes golpes que terminaban en el hospital con un falso reporte de caídas sin explicación.

¡Pobre Tino! Iz había aprendido de su padre que no todos los hombres eran machistas o violentos, también existían hombres que sufrían abusos por parte de sus esposas, cuyas vidas también se convertían en un infierno.

Un infierno del que todos deseaban escapar.

Con el tiempo Iz había logrado acostumbrarse a los susurros que la invadían, aunque cada vez eran menos gracias a la medicación que le había dado la psicóloga. Luz en cambio la veía cada vez peor, su hermana estaba más delgada de lo normal, parecía no dormir casi nada, las bolsas oscuras bajo sus ojos eran un fuerte testigo de ese hecho.

En más de una ocasión ella se había encargado de preguntarle a su hermana cómo se sentía, pero Iz siempre la evadía diciendo que tenía muchas tareas pendientes para la universidad.

Luz sabía que algo iba mal con su hermana, lo sospechó desde siempre, la había pillado una vez hablando sola, como si estuviera furiosa con alguien más que solo ella podía ver, luego una noche la vio tomándose muchas pastillas, cuando preguntó a qué se debía ella simplemente dijo que era para el dolor de cabeza.

¿Cuántas mentiras ya le habrá dicho?

Un día la curiosidad no la dejó tranquila, así que se puso a investigar, encontró algo que encajaba perfectamente con los síntomas que presentaba su hermana desde la adolescencia, síntomas como: trastornos de sueño, irritabilidad, depresión, alucinaciones, todo parecía encajar ahora que parecía haber encontrado la respuesta.

Sin duda alguna su hermana necesitaba ayuda profesional, pero cómo la convencería, cómo se lo diría a sus padres.

Preocupada trató de contárselo a su madre, pero ésta estaba muy ocupada sacando cuentas como para escucharla, entonces acudió a su padre, él no estaba, pasaron los días, su preocupación siguió creciendo, Iz se volvió más retraída, su madre no parecía estar interesada en nada más que en las cuentas y su padre... Tino jamás volvió a la casa, simplemente desapareció. Al parecer se había cansado de vivir de forma tan infeliz junto a su abusiva esposa y sus dos hijas.

-Che antende chupe- le dijo Iz a Luz, quien lloraba por la desaparición de su

padre- ikatu che ahatandeavei, pero ndaguerekói moõpa ahata- y por primera vez ella vio a su hermana llorar, - chekaneõma avei. Ahata ake- y esa fue la última vez que Luz escuchó la voz de su hermana, la última vez que habló con ella.

A la mañana siguiente Lina encontró el cuerpo de Iz colgando del techo, ella se había suicidado.

El grito aterrador y al mismo tiempo desgarrador que se escuchó esa mañana hizo que todo el vecindario se reuniera en casa de la familia Valdés, policías y paramédicos salían y entraban de la hermosa casa de dos pisos, trataron de reanimar el cuerpo de Iz solo para dar consuelo a la madre, todos sabían que era ya imposible revivir a la joven. Nadie supo por qué lo hizo, nadie excepto Luz quien no dejaba de echarse la culpa, si tan solo ella no hubiera callado y hubiese buscado ayuda por sí misma, si tan solo le hubiera dicho a alguien, a quien sea tal vez su hermana aún estaría viva.

Cuando los oficiales requisaron la habitación de la joven encontraron una pequeña nota que iba dirigida a su hermana menor, dicha nota no tenía escrita más que cuatro letras además del nombre del destinatario.

“Para Luz”

No es tu culpa.

Era como si ella lo hubiera predicho desde el principio, esa nota fue lo único que se encontró de ella, tanto los libros como los cuentos que había escrito desaparecieron sin dejar rastro.

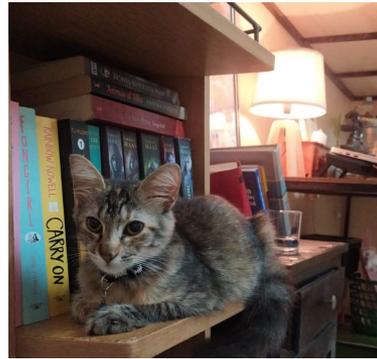
Años más tarde se publicó un artículo en el periódico local, dicho artículo llevaba como título la palabra “susurros” en la que relataban en forma de cuento la triste vida de una joven que sufría de esquizofrenia, una joven que no encontró apoyo en sus padres y que tuvo que cargar sola con los terribles síntomas que se iban presentando a tal punto que una noche ya no pudo soportarlo y decidió acabar con su vida. El artículo dejaba un claro mensaje para los padres y ese mensaje no era más que un pedido de escucha para con los hijos.

Lina Garay se secó las lágrimas que rebozaban de sus ojos al terminar de leer el artículo que estaba firmado por su otra hija “Luz Valdéz”, ahora ella pasaba su vida encerrada en un asilo, consecuencia de sus malos actos. Actos que le costaron muy caros, su matrimonio y la vida de una de sus hijas, ahora estaba sola y moriría de esa forma porque sabía que un día Luz se cansaría de visitarla y se olvidaría de su madre y ella no la culparía porque sabía que lo tendría merecido.

Pero Lina estaba equivocada, Luz la amaba más que a nada en el mundo, era el único familiar que le quedaba y ella jamás la abandonaría sin importar lo mal que había actuado, porque después de todo no existe amor más grande que el amor de los hijos hacia sus padres y viceversa.

Hijo pródigo

Sofía Michelle Henry Agüero



Oh, leche, deliciosa leche que me hacía crujir las tripas y extrañar más a mamá.

Tuve una infancia muy feliz en la casa de mis nuevos padres. Tengo un hermano mayor, con el que, inevitablemente, tuve una que otra riña. Yo sentía que nuestros padres me preferían a mí. Era lógico. Yo era más pequeño, necesitaba de más cuidados y todavía me costaba valerme por mí mismo. Era evidente su rechazo hacia mí. No me gustaba pelear con mi hermano, por eso, siempre procuraba estar lo más lejos posible de su lado. Fuera de eso mi hogar era perfecto. Mi nueva mamá era joven y se pasaba la mayor parte del día estudiando e iba por las noches a la facultad. Me encantaba dormir en su regazo y acompañarla mientras hacía sus largas y aburridas lecturas. Me daba todo su cariño y yo la amaba mucho. Cuando se sentía triste, me le acercaba y ronroneaba para ella. Sí, eso es lo que hacemos los gatos.

Soy adoptado; siempre lo supe. De mi madre solo tengo un vago recuerdo: su dulce leche blanca y los cálidos mimos que nos brindaba por igual a mí y a mis hermanitos. Les recuerdo borrosamente. Era muy pequeño cuando, tras un descuido de mi madre, salí de casa con un trotecillo valiente, queriendo descubrir qué había tras la alta muralla de ladrillo hueco. Después de merodear un largo rato, perdí el camino de regreso a casa. De pronto todo se volvió verde. Me encontraba en medio de un yuyal pisoteando unas frutas amarillas cuyo olor dulzón y agradable, atraía a las moscas que revoloteaban a mi alrededor; yo muy juguetón, quería espantarlas pero ellas volaban más alto. Me asusté porque empecé a sentirme totalmente perdido.

Parecía haber pasado una eternidad en aquel sitio. Estaba hambriento y sentía los temblores por el frío, ya que la tarde caía y yo no podía regresar a casa. Recordaba a mamá y a mis hermanitos. La tristeza y el llanto llenaron mis pupilas. De repente, oí alegres risas y me puse alerta. Al parecer eran unos niños que venían para bajar las frutas del gran guayabo, donde yo reposaba. De pronto todo se oscureció. Me encontré dentro de lo que al parecer era el bolsillo de un saco con olor a galletitas y leche.

Así los años fueron pasando. Mi dueña, mi hermano mayor y toda la familia éramos muy dichosos. Yo me hice adulto y ya había olvidado a mi primera familia gatuna. Me sentía pleno junto a mi familia adoptiva. Era un miembro más. Todo era perfecto como un cuento de hadas hasta el preciso momento en que llegó Raúl.

Vayan a saber de qué agujero lo hayan sacado. Desde que lo vi supe que él se convertiría en un problema. No me despertó el menor interés de acercármele. Me inspiraba repugnancia de solo mirarlo. Esa noche decidí dar unas vueltas por el tejado para despejar mi mente. Regresé a casa al día siguiente y me encontré con esa pequeña bestia de ojos azules y por poco me atropella. Cómo detestaba sus horribles maullidos de bebé llorón. Enfurecido, lo espanté con mis garras y mostrándole mis afilados colmillos. Reaccioné instintivamente. Mamá me lanzó una mirada acusadora y salí despavorido lo más rápido que pude.

Esa noche salí por los tejados con mi hermano mayor y, a pesar de que nuestras relaciones no eran las mejores, oí sus consejos. Entre uno y otro maullido, mencionó que, como yo ya era lo bastante grande, nuestra familia necesitaba otra mascota. Los humanos tienen la costumbre de encariñarse más con las pequeñas criaturas y cuando eso ocurría, sus viejas mascotas quedaban de lado, olvidadas. Lo mismo sucedió con él cuando yo llegué.

Al fin comprendí su desprecio hacia mí en todo ese tiempo. Ahora me tocaba a mí. Su comentario caló hondo en mi mente y en todo mi ser. Su comentario, hiriente pero sincero, reflejaba mi situación y lo que me esperaba en el futuro. Aquella noche, con una pena sin nombre que traspasaba mi alma, me juré no volver jamás a casa.

Las primeras semanas lejos de casa fueron relativamente fáciles. Gracias a mi color pardo, potente vista y buen estado físico, me fue muy bien en la cacería de pájaros y uno que otro ratón; así que alimento no me faltaba. Cuando tenía sed bebía de las fuentes vecinas y dormía en los tejados. Me entretenía luchando con otros gatos siempre saliendo victorioso. Me gané el respeto y buena fama entre los gatos del vecindario. Pero como no todo es perfecto en la vida... tras un infeliz descuido durante una riña de gatos, mi adversario estuvo a punto de arrancarme una oreja. No alcanzaba lamer esa zona y el dolor se hacía cada día peor. Las moscas no desaprovechaban la ocasión para acercarse a mí y eso era agobiante.

Pronto comenzó la época de las grandes y copiosas lluvias. Llovía a cántaros todos los días, sin tregua. No tuve más remedio que refugiarme en una casa vecina.

Para colmo, por culpa de la putrefacta herida que me cargaba en la oreja izquierda, ya no tuve suerte cazando y entonces empecé a pasar hambre. La lluvia seguía y los días eran oscuros y parecían todos iguales. Recordaba con silenciosa tristeza mi hogar y los recuerdos estrujaban mi corazón. Un buen día escampó y el sol volvió a salir. Mis tripas crujían y llevaba dos días con sed. Salí de mi escondite y bajé a beber de un charco.

Mientras bebía oí mi nombre a lo lejos. Era mi antigua familia llamándome. Supe reconocerlos perfectamente. Yo me convencí de que ellos ya me habían olvidado y que preferían al nuevo gatito que quedó en mi lugar. No hice caso y salí corriendo para dejar de escucharlos. Pasaron tres días más y volví a oírlos. Esperé un momento en silencio, luego me armé de valor para bajar del tejado. Caminé por las orillas de la muralla de la que era mi casa pero no noté a nadie. Tampoco vi a la pequeña bestia de ojos azules que llamaban Raúl. Definitivamente no había rastros de su presencia en la casa. Eso me tranquilizó. Llegué a la cocina; vi que todos los muebles habían sido cambiados de lugar y me pareció linda y acogedora la nueva cocina en la que me hallaba. Entonces fue cuando me vieron.

Mamá me llamó pero no quise acercarme. Pensé que ya no me recordaba. Me volvió a llamar mientras avisaba a toda la familia que yo había vuelto.

Se armó un gran alboroto a mi alrededor. No me explicaba como todos estaban contentos por verme. Me ofrecieron leche tibia en un platito de manteca y la tomé de un sorbo, derramándola por los lados, como solía hacerlo antes. Después me ofrecieron carne y la devoré sin siquiera masticar. Tenía un hambre voraz y no me detuve ni un segundo para saborear la carne que hace tiempo mis dientes no mordían. Vieron la herida de mi oreja y le colocaron un no sé qué blanco que me provocó cosquillas y mucha comezón.

Celebraron mi regreso aunque yo todavía me sentía asustado y extraño pero al mismo tiempo contento por estar de vuelta. Me preguntaba qué había ocurrido con el pequeño Raúl. Hubiera querido ser más bueno con él, ¡pobre criatura! No le di oportunidad de acercarse a mí y ser, quizá, un buen hermano mayor para él. Al contrario, yo lo detesté desde la primera vez que lo vi. Ahora quería volver a verlo pero no había sombras de él. Supe más tarde que Raúl había muerto pocos días después de mi huida. Otra vez me siento como un miembro de la familia. Mamá volvió a adoptar otro nuevo gatito. La pequeña bestia resplandeciente de un solo color es blanca y, vaya coincidencia, tiene los mismos ojos azules así como Raúl y al parecer también lo llaman igual. Yo no

volví a alejarme de casa, aunque, de vez en cuando, me gusta espantar y mostrarle mis colmillos al nuevo mimado de mamá para después salir corriendo por los tejados.



Universidad Nacional del Este
Facultad de Filosofía

www.filosofiaune.edu.py

Destellos

Revista Literaria